

CUBANET

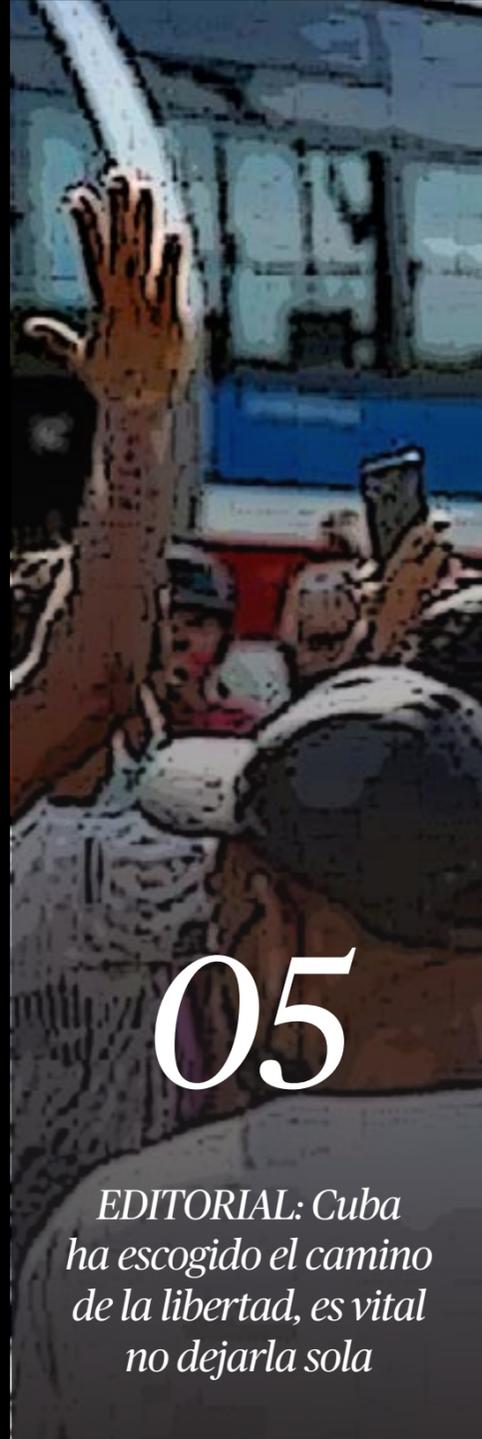
25

julio
2021



Selección quincenal de artículos
y noticias publicados en nuestro sitio digital
www.cubanet.org

ÍNDICE



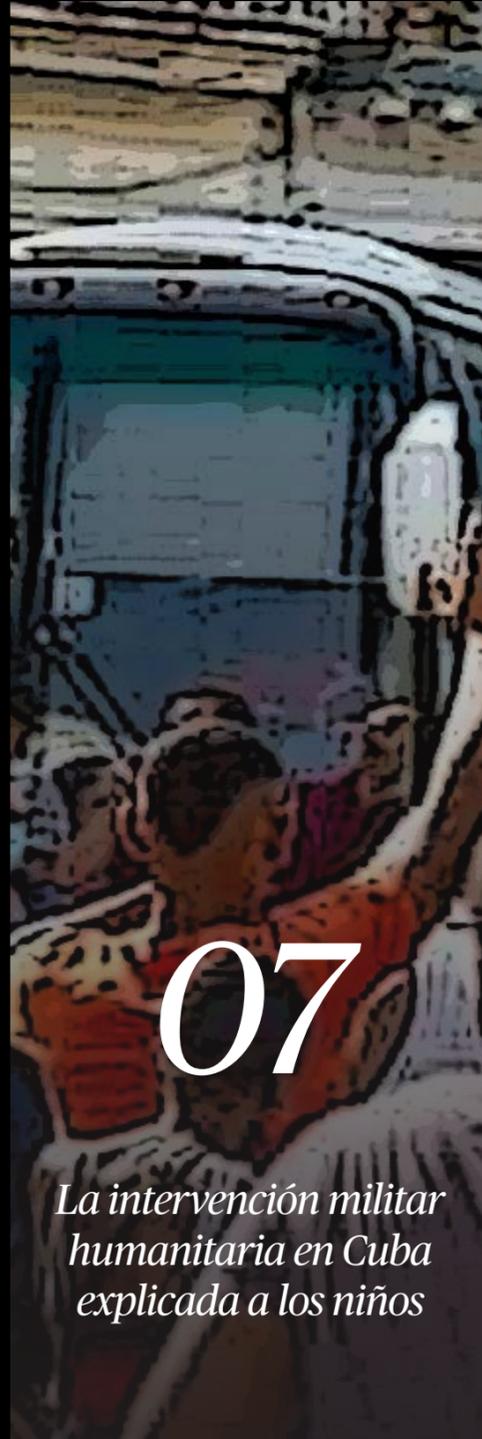
05

EDITORIAL: Cuba ha escogido el camino de la libertad, es vital no dejarla sola



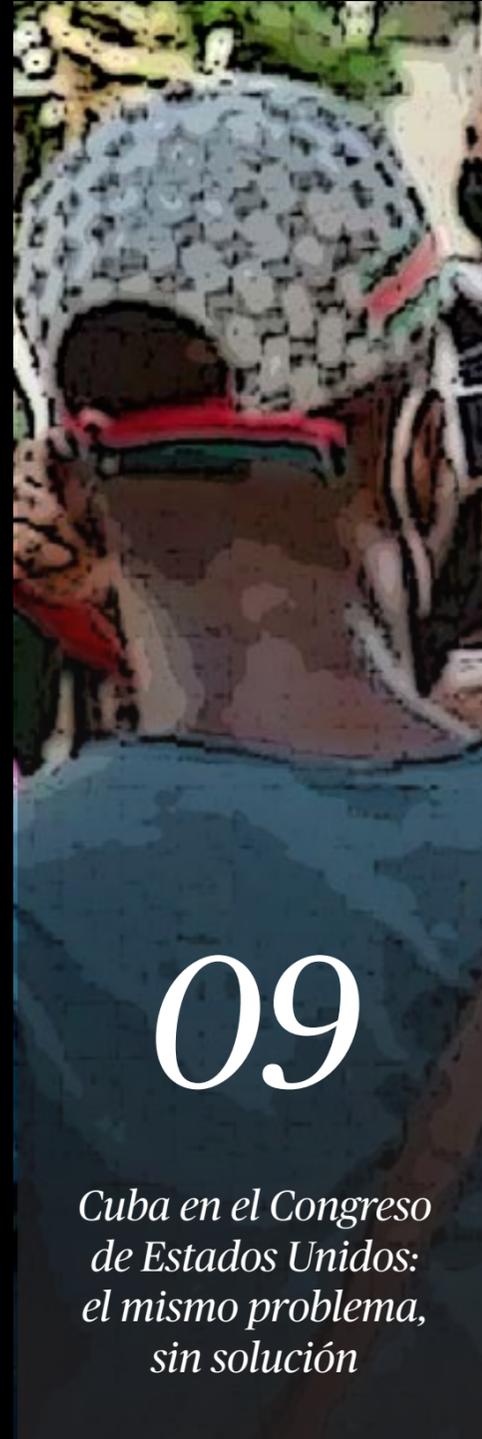
06

Un 11 de julio esperanzador y definitorio



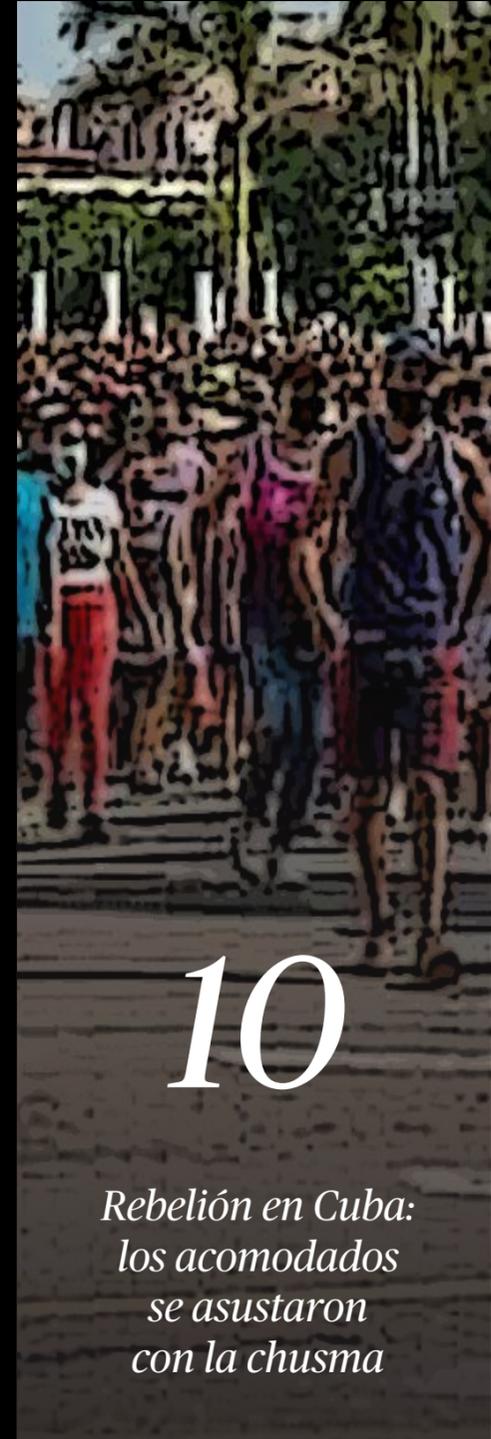
07

La intervención militar humanitaria en Cuba explicada a los niños



09

Cuba en el Congreso de Estados Unidos: el mismo problema, sin solución



10

Rebelión en Cuba: los acomodados se asustaron con la chusma

ÍNDICE



11

*Apuntes sobre el 11J:
¿Quiénes son los
criminales?*



12

*Patria y vida: llegó la
hora de los cubanos*



13

*Cuba después de las
protestas*



14

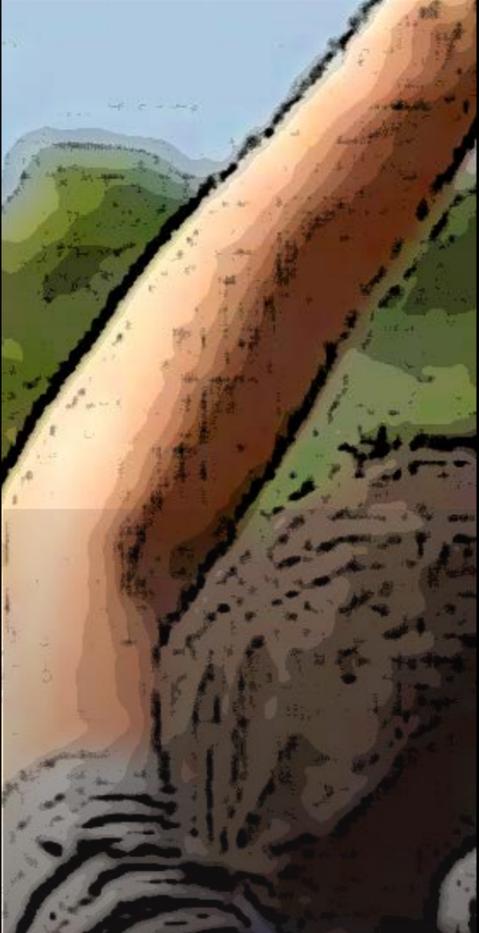
*Movimiento Black Lives
Matter: las vidas que
realmente importan*



15

*El detonante
de las protestas en Cuba
no llegó de “afuera”*

ÍNDICE



17

*Carta abierta a Miguel
Díaz-Canel*



18

*Echar a los cubanos
de su patria: La mayor
estrategia del castrismo*



19

*11J en Cuba: muy tarde
para dar marcha atrás*



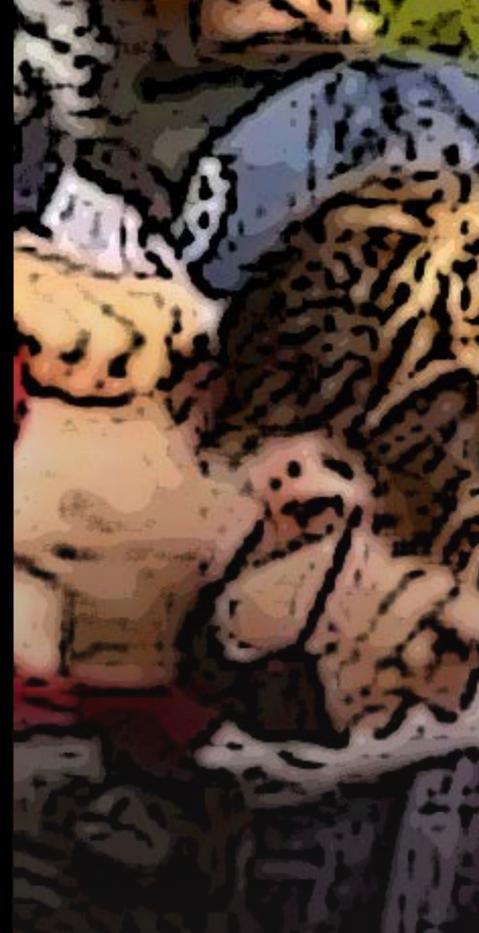
20

*Julio en Cuba: mes
de masacres, asesinatos
y muerte*



21

*Julio en Cuba: mes
de masacres, asesinatos
y muerte*



24

*Julio en Cuba: mes
de masacres, asesinatos
y muerte*

EDITORIAL: Cuba ha escogido el camino de la libertad, es vital no dejarla sola

Dentro de la isla, los cubanos seguirán tomando las calles, con dolor de Nación, con orgullo de Nación. Es vital, urgente, no dejarlos solos

LA HABANA, Cuba. - El 11 de julio ya entró en la historia de Cuba como la verdadera jornada de la rebeldía nacional. Los miles de cubanos que se lanzaron a las calles en casi todas las provincias, acosados por el hambre, la escasez de medicinas, la falta de libertades individuales y el incremento de enfermos y fallecidos por COVID-19, desmontaron en cuestión de horas la grotesca farsa de 62 años y el discurso de contrarrevolución pagada por la CIA que el régimen castrista ha retomado con insistencia desde los sucesos del 27 de noviembre de 2020.

Entre gritos de “Libertad”, “Patria y Vida” y “No Tenemos Miedo”, la chispa de la insurrección prendió en el pueblo de San Antonio de los Baños y se extendió por toda la isla, desatando una fuerte represión policial. Quienes vivieron El Maleconazo admiten que nunca habían visto cosa parecida, por la masividad y simultaneidad de los sucesos. La dictadura, como cabía esperar, apostó por el discurso agresivo y prepotente. Durante una accidentada comparecencia en la televisión cubana el mandatario Miguel Díaz-Canel, visiblemente nervioso, res-

pondió con la retórica gastada, culpando al embargo y al gobierno de Estados Unidos. En su diatriba, tan débil como errática por momentos, terminó llamando a una guerra civil al recalcar que “las calles son de los revolucionarios” y que los defensores del régimen quedaban convocados a enfrentar las legítimas protestas ciudadanas que calificó de “provocaciones orquestadas desde el exterior”, un planteamiento absolutamente falso.

Si tal fuera la agenda del exilio, entonces deben admitir que esta se haya en perfecta consonancia con la del pueblo, a quien el gobierno de Díaz-Canel jamás consultó si estaba de acuerdo con la dolarización de la economía, la entrada de turistas rusos en pleno rebrote pandémico, la exportación de doce millones de vacunas a Venezuela cuando solo se han inmunizado poco más de un millón de cubanos, el envío de medicamentos a Nicaragua mientras los hospitales de la isla carecen hasta de analgésicos, y tantas otras decisiones importantes que han sido tomadas unilateralmente, demostrando que la agenda de la cúpula nada tiene que ver con las necesidades del pueblo.

Si las manifestaciones fueron organizadas por el exilio, entonces Díaz-Canel debe reconocer que la comunidad cubana de Miami tiene un poder de convocatoria muy superior al del castrismo, y que la oposición interna está muy bien organizada de una punta a la otra del archipiélago, algo que siempre han negado.

Díaz-Canel mintió sin atragantarse, protegido por la maquinaria mediática al servicio del Partido Comunista de Cuba y por la interrupción de internet a nivel nacional, que impidió conocer de primera mano lo que realmente ocurrió en San Antonio de los Baños, donde camiones repletos de Boinas Rojas arremetieron contra los manifestantes, golpeando y arrestando a decenas antes de que él llegara y se paseara rodeado de agentes de la Seguridad del Estado por un pueblo desierto. En el resto de las provincias, la Policía Nacional Revolucionaria, las Tropas Especiales y los esbirros de la Policía Política descargaron su brutalidad contra los manifestan-

tes, muchos de ellos mujeres. Se ha hecho viral la imagen de un fotógrafo de la Agencia AP, a quien fuerzas policiales le rompieron la nariz mientras registraba la protesta frente al ICRT, en la cual resultaron detenidos con violencia varios jóvenes artistas.

La convocatoria al odio, promovida por Díaz-Canel, ha desencadenado trágicos sucesos en apenas tres jornadas. El país ha quedado incomunicado para evitar que el mundo observe en tiempo real la brutalidad y el ensañamiento de las Tropas Especiales contra los ciudadanos. En pocos días se sabrá el número real de muertos, heridos graves y arrestados, pero por el momento la dictadura representada por Díaz-Canel y dirigida desde las sombras por la familia Castro está siendo llamada por su nombre en el mundo entero.

Díaz-Canel ha declarado que Cuba no necesita ayuda humanitaria y el canciller Bruno Rodríguez Parrilla ha negado que se produjera un estallido social, catalogando las acciones del 11 de julio como “disturbios, vandalismos e indisciplinas por parte de elementos contrarrevolucionarios”. Pero el régimen, y toda Cuba, sabe que no fue un puñado de cubanos aquí y allá, sino decenas de miles en todo el país, ciudadanos inconformes con la terrible situación que atraviesa la isla, y a quienes Díaz-Canel insiste en catalogar de “mercenarios o revolucionarios confundidos”, enfatizando una vez más su menosprecio por el derecho de los insulares a pisar fuera del rígido marco ideológico trazado hace seis décadas.

Los sucesos del 11 de julio evidenciaron que el cambio que Cuba exige no es cosa de mercenarios pagados por la CIA. Hay una voluntad popular genuina que rechaza la gestión de Díaz-Canel y la prolongación de un sistema político que ha dejado al país en condiciones de vulnerabilidad extrema, sumido en una corrupción político-administrativa infranqueable, en todos los niveles.

En este contexto crucial para el futuro de la isla algunos “analistas” han dejado entrever la posibilidad de que el presidente Joe Biden levante las restricciones sobre las remesas, una concesión que iría en sentido opuesto a la libertad plena a que aspiran los cubanos.

El problema de Cuba no va a resolverse poniendo más dinero en manos de una dictadura que tiene como premisa la improductividad y cuyo dominio sobre el pueblo se sustenta en políticas económicas desequilibradas, casi feudales. Liberar las remesas equivaldría a acomodar al régimen en su hábito de importar para revenderles a los ciudadanos, en moneda dura y a precios súper inflados, las baratijas que sus socios de China y la Unión Europea le facilitan a costos ínfimos. Más que un gesto de buena voluntad, sería contraproducente. Mientras el Estado capitalice todos los recursos y vías de inversión no habrá oportunidad de crecimiento para el sector privado, ni el común de los cubanos.

Cuba ha escogido el camino de la libertad y, a juzgar por el mensaje de Díaz-Canel, solo la alcanzaremos a costa de nuevos traumas y muertes. Si los países democráticos nos tienen verdadera estima, que estén atentos, el castrismo no dudará en sacar el ejército contra nuestros ciudadanos indefensos, y entonces se sabrá cuánto valen realmente los votos de afecto y solidaridad que las naciones libres no se cansan de expresar hacia “el pueblo cubano”.

Hoy, 14 de julio, Cuba sigue desconectada del mundo por decisión del Partido Comunista. Este silencio impuesto es una amenaza mortal de la cual deben estar muy pendientes los cubanos en todas las latitudes. Díaz-Canel aseguró que el cambio solo será posible por encima de los cadáveres de los revolucionarios, pese a que la oposición cubana es pacífica y lo ha demostrado con creces.

Quienes sueñan con una Cuba Libre no quieren muertos, pero si los hubiera, del bando que sean, toda la culpa será de la familia Castro, Miguel Díaz-Canel, del Ministerio del Interior, las Fuerzas Armadas y la prensa oficialista, que sigue dispuesta a negar lo que es evidente, contribuyendo con su falta de ética a la impunidad de los asesinos.

Dentro de la isla, los cubanos seguirán tomando las calles, con dolor de Nación, con orgullo de Nación. Es vital, urgente, no dejarlos solos.

CUBANET

Un 11 de julio esperanzador y definitorio

Los que pensaron que jamás llegaría el momento de la rebelión, porque decían que los cubanos llevamos horchata por sangre en las venas, se equivocaron.



LA HABANA, Cuba. - Apagones de internet en toda la Isla, policías y militares a las calles disfrazados de civiles para justificar la represión ante el mundo y hacerla pasar como “reacción popular”, detenciones masivas, golpizas, disparos, reforzamiento del toque de queda y alarma de combate en todo el ejército, amenazas, mentiras y mucho lloriqueo mediático han sido las respuestas del régimen comunista a la oleada de protestas de este domingo en Cuba, las más multitudinarias en 62 años de dictadura.

Los que pensaron que jamás llegaría el momento de la rebelión, porque decían que los cubanos llevamos horchata por sangre en las venas, se equivocaron, así como también se ha equivocado esa tropilla de mandamases barrigones que ahora, sabiéndose al borde del precipicio, cometen el más perverso de los crímenes al querer transformar las protestas pacíficas en guerra civil.

Porque la intervención televisiva de Miguel Díaz-Canel, con su “orden de combate” como colofón, lejos de calmar los ánimos, como hubiera hecho un mandatario digno, ha echado más leña al fuego, y no solo por la prepotencia de su tono, nada conciliador y rotundamente violento, sino además por la falta de argumentos que justifiquen por qué nosotros, el pueblo, deberíamos aguantarlos a ellos, cada uno más incompetente que el otro, un segundo más en el poder.

Es tonto creer que el pueblo ha tomado las calles solo por los cortes de electricidad de los últimos días, o por el hambre que padece desde muchísimo antes de la pandemia. El pueblo, ya despojado de cuanto fue suyo alguna vez, ahora que de verdad ya no tiene nada que perder en medio de tanta miseria, también se libera de ese fardo repleto de miedos y extorsiones que lo inmovilizaba.

Porque ya no queremos nunca más

un partido parásito en el poder. Porque somos personas y no rebaño. Porque un país no se dirige como se administra una granja. Porque una economía nacional, que persiga ser verdaderamente próspera para el bien de todos, no puede sostenerse en la explotación laboral de unos profesionales vendidos como mercancía ni ser diseñada sobre la base de estafar a unos brazos que producen dólares para los capataces pero que reciben sus salarios en una moneda sin valor real.

Quienes protestaron en las calles este 11 de julio, absolutamente todos, ni son mercenarios ni son delincuentes, son miles de mujeres y hombres que en estos últimos meses han perdido sus ahorros de muchos años a causa de los “ajustes económicos” antojadizos de un Gobierno que se endeuda con el mundo para construir un innecesario hotel rascacielos en medio de La Rampa pero que, al mismo tiempo, dice no tener dinero para abastecer de alimentos los mercados.

Quienes ayer con sus gritos de “Patria y Vida” y “Libertad” acabaron con las falacias del “consenso” y la “unanimidad” son jóvenes que no quieren terminar sus vidas así como ven de mal las de sus padres y abuelos; muchachas y muchachos que no desean como el más seguro de los caminos a la solvencia económica –que no a la independencia–, el “jinetear”, robar o “luchar” para sobrevivir, para fingir que ascienden en una escala social donde jamás los tendrán en cuenta por ser cubanos de a pie, y porque siempre irán de primeros los grandes jefazos comunistas y los extranjeros con dinero.

A las calles se tiraron las familias que están hartas de vivir divididas, fracturadas por exilios, insilios, marginaciones, censuras, por terquedades y fanatismos políticos, por la soberbia de esos que solo ven en cada uno de nuestros emigrados a simples emisores de remesas y

no a paisanos tan cubanos y tan dueños de las calles como aquel que siempre vivió amarrado al terruño.

Madres y padres que sufren al pensar que los caminos están cerrados, que el futuro es “continuidad”, es decir, solo una promesa sin cumplir en el discurso de un caudillo ya difunto y que, al morir ellos, Cuba será también para sus hijos ese país incómodo, amargo, donde quedarse será siempre el mayor error.

Vendrán días muy difíciles. Jornadas de más encierros, persecuciones, acosos, violencia desmedida bajo el “amparo constitucional” de un Artículo 4 que permite incluso la aniquilación física de los opositores, “por cualquier medio”, y quizás en esos excesos tan imprudentes por peligrosos pensaba quien diera la “orden de combate”.

No obstante el estallido social es indetenible, esperanzador y definitorio porque, aunque se empeñen en señalar que es obra ajena, externa, fabricada, en realidad se ha cuajado en el mismísimo seno del viejo oficialismo, en sus innumerables deserciones, fracturas y decepciones. Pero, como lo saben de sobra, los medios de prensa del régimen por estos días se empeñarán en construir la ficción a su modo e intentarán hacer pasar estos como días de calma y concilio.

Esta vez no tienen modo de echar culpas por lo sucedido a esta u otra organización opositora, a este o aquel medio de prensa molesto, porque son estas protestas lo que no esperaban, o al menos no demasiado “pronto” para sus “complejos de eternidad”. Protestas espontáneas, masivas, consecuencias del hartazgo, de las desesperanzas, de las frustraciones acumuladas, del cansancio de ser engañados, abusados, burlados e ignorados una y otra vez durante estos decenios de promesas sin cumplir.

ERNESTO PÉREZ CHANG

La intervención militar humanitaria en Cuba explicada a los niños

*¿Acaso un presunto daño colateral es razón suficiente para condenar a un pueblo a 60 años más de calvario comunista?
¿Por qué no se lo preguntamos al pueblo? ¿Por qué no dejamos que la juventud de la Isla elija?*

MIAMI, Estados Unidos. - Había una vez una familia con un niño de apenas dos añitos. Los padres decidieron adoptar a otro niño para que pudieran jugar y crecer juntos. La criatura adoptada tendría unos cinco años y no se sabía casi nada de su pasado. El caso es que con el tiempo las peleas entre los niños se hicieron más frecuentes que los juegos. La hostilidad fue creciendo, puesto que el mayor maltrataba sistemáticamente al menor: le golpeaba, le quitaba la comida, las golosinas que los padres les repartían por igual. Y a pesar de que el pequeño se defendía, no había modo de evitar el atropello y el abuso constante de su "hermano" mayor.

No sería prudente describir aquí aquel maltrato alevoso y sostenido por más de cinco años a que el hermano menor fue sometido. Su madre lo sabía, pero haciendo caso a los consejos de la vecina trataba de ocultarle el asunto de mil maneras a su esposo. Según aquella vecina el padre podría reaccionar de manera violenta y de algún modo el menor de los hermanos podría también salir perjudicado. "Quien sabe le comentaba la vecina a la madre si tu

esposo interviene y reprende violentamente al más grande y entonces Félix (la mascota) se asusta y salta, chocando con ese inmenso jarrón de porcelana que tienen en la sala y que se haría añicos. Y tú sabes que cualquier esquirra de esas podría dañar al menor por apartado que esté en ese momento, aun situado y protegido detrás de tu esposo. Esas cosas pasan". A lo que la madre solía responder: "Sí, tienes razón". Y luego se iba a apaciguar y, en ocasiones, a darle sermones al abusador, lo que aumentaba su indolencia y su agresividad.

La situación se fue agravando y el hermano menor comenzó a quejarse y pedir ayuda a la madre, pero esta continuó prestándole oídos a la vecina hasta que un día el hermano mayor, encolezado por lo que creyó una reducción de sus regalos de Navidad con respecto a otros años, rompió el jarrón de la sala, tomó un fragmento y le vació un ojo a su hermano. La madre hizo pasar aquel repudiable acto por un accidente y todo siguió igual.

Detengamos aquí la historia y nombremos a los personajes. El padre es el presidente Biden, la madre es el senador Bob Menéndez, la ONU y en general todas esas agencias que median en las decisiones a nivel de Estado y gobierno; la vecina son todos esos sacrosantos fanáticos del altruismo que, seducidos por la palabra y la poesía, pululan bajo el lema probabilista de "las bombas no eligen a quién matar". A lo que cabe responder: No, las bombas no eligen a quién matar, pero quienes las tiran sí lo hacen y lo hacen todo lo bien que se puede. Por último, el hermano mayor es la dictadura cubana y el menor es el pueblo, el cubano de a pie.

La moraleja de este cuento es la siguiente. Desde que venimos al mundo existen las intervenciones como medidas de arbitraje de naturaleza coercitiva. Lo hacen los padres durante toda la crianza de sus hijos, lo hacen los maestros, directores de escuelas. Lo hacen en los trabajos, empresas y hasta en los hogares de ancianos. Lo hace la ley dentro y fuera de los centros penitenciarios, en fin.

De otro lado está el derecho a soli-

licitar la intervención. También es una práctica muy humana y por lo tanto común. Desde que el mundo es mundo la gente solicita ayuda. Y la respuesta, obviamente, debe estar en proporción con la magnitud del abuso y del daño causado.

Ahora veamos cuáles pueden ser las causas para no intervenir. Y recuerde que no hablamos de "intervención humanitaria" a secas. Es decir, no estamos hablando de una intervención con caramelos y galletitas, sino de "intervención militar humanitaria", aquella que supone la fuerza como único recurso que queda ya para detener el abuso. En nuestra historia, no hay excusa alguna para no intervenir coercitivamente. Solo la trillada opinión de la vecina constituye el obstáculo. En la realidad, las cosas no son muy diferentes.

Hay un pensamiento prefabricado, anclado en la ideología de izquierda, que siempre va a poner el acento en la denuncia de la fuerza, del aspecto coercitivo para descalificar las intervenciones militares humanitarias. ¿Cómo se hace? Pues, en lugar de reconocer que hay dos conceptos diferentes en uso, es decir la "intervención con galletitas y caramelos" (intervención humanitaria) y la intervención con el empleo de la fuerza (intervención militar humanitaria) se utiliza exclusivamente el primero para luego demostrar que el reparto de galletitas y caramelos esconde tras de sí el empleo de la fuerza. Como ello es bien fácil de probar, dado que en realidad estamos hablando de una intervención militar humanitaria, usted termina convencido de que las intervenciones humanitarias son malas porque implican el uso de la fuerza. ¡Vaya descubrimiento! Señores, la intervención militar humanitaria, por definición, supone el uso de la fuerza. Luego, aquí no hay nada oculto y, por consiguiente, tampoco hay nada que revelar o descubrir. No se dejen manipular. Se usa la fuerza porque no hay otro camino, como en el caso de Cuba. Y ese camino coercitivo no es una desviación del primero (caramelos y galletitas); es simplemente un camino distinto, otro camino.

Entre las falacias usadas para demonizar la práctica de las intervenciones

militares humanitarias está también la de identificar y a menudo sustituir la palabra intervención por injerencia. No son sinónimos. Injerencia significa intromisión, entrometerse. Precisamente, lo que hace la vecina de la historia o cuento antes narrado. La palabra proviene del latín *inser re*, que sin entrar en detalles, podríamos traducir como "injetar un árbol", "plantar algo en el interior". ¿Curioso, verdad? ¿No le suena a lavado de cerebro o alguna suerte de manipulación? Intervención, en cambio, se refiere a la acción de tomar parte en un asunto y viene del latín *interverto*, que significa "posición intermedia" y, también, curiosamente: "dar seguridad". ¿Se da cuenta cómo lo manipulan?

Continuemos con las excusas. Se dice entonces que las intervenciones militares humanitarias violan la soberanía de los Estados y la no injerencia en los asuntos internos, principios contenidos en la Carta de las Naciones Unidas. Repliquemos de inmediato que el soberano es el individuo o, en todo caso, el pueblo. Pero nunca el Estado. De igual modo, el principio de la no injerencia en los asuntos internos es, en la práctica, un escudo que protege a los Estados autoritarios y corruptos, violadores de los derechos humanos. Así, tenemos que Rusia, China, Cuba y Turquía son los más fervientes defensores de estos principios y los que de modo recurrente se oponen a las intervenciones militares humanitarias. ¿Por qué será? Veán cómo reaccionó un vocero de la dictadura cubana en la página web de la Fiscalía General de la República, tras conocerse el levantamiento popular del 11 de julio:

"Que nadie se llame a engaño por los cantos de sirena de los mercenarios al servicio del imperialismo yanqui, intervención humanitaria es sinónimo de invasión armada. Lo que desean esos apátridas es ver destruida la Revolución cubana y esclavizado (a) nuestro pueblo".

¿Se da cuenta cuán fina es la línea que separa la realidad de la manipulación, las verdades de las medio verdades? Pero, ¿qué dice la famosa Carta de las Naciones Unidas? Para lo que aquí



interesa, el Artículo 7 de esta Carta le confiere al Consejo de Seguridad la autoridad para adoptar el uso de la fuerza armada contra un Estado, lo cual invalida tanto el principio de Soberanía como el de la No injerencia.

Ya a tono con la ONU, debemos preguntarnos por la legitimidad ética de estas intervenciones militares humanitarias. ¿Se trata de un acto moral? Creo que la pregunta debe ser: ¿Quién decide sobre la moralidad o no de esta práctica? ¿Los burócratas? ¿Los profesores de Harvard? ¿La izquierda internacional? De ninguna manera. Es el pueblo sometido al asedio, el hostigamiento y la indefensión la fuente de donde emana la moralidad y la legitimidad de la intervención militar humanitaria. Y si ese pueblo la solicita, con más razón.

No me detendré en describir una lista de oprobios en este punto, relativas al caso cubano. Solo diré que las evidencias de violación flagrante, masiva y sistemática de los derechos humanos en la Isla es más que explícita, como lo es el reclamo de los cubanos dentro y fuera de Cuba de una intervención como la que analizamos aquí. Si a esto se agrega el uso sistemático de las migraciones masivas como arma de destabilización y chantaje dirigida a los Estados Unidos por parte del Gobierno cubano, así como la reciente incitación a la guerra civil del gobernante cubano Miguel Díaz-Canel o el uso de escudos humanos (en Cuba usaron recientemente incluso a menores de edad) algo considerado como crimen de guerra en los manuales del Ejército de los Estados Unidos, tendremos el pastel completo.

Para terminar, volvamos a nuestro relato. ¿A quién le tocaba decidir si se intervenía o no en la desigual e interminable pelea de los hermanos? Pues al padre, al presidente Biden. Es el presidente el que tiene todo el poder de decisión, en los Estados Unidos, respecto de estas prácticas. Las intervenciones

militares humanitarias no requieren la aprobación de la ONU. Dichas intervenciones pueden llevarse a cabo, incluso, bajo el concepto de “Intervención militar unilateral”. Lo han hecho la OTAN y los Estados Unidos en más de una ocasión, también en el Caribe. Y dicho concepto no contradice la Carta de las Naciones Unidas. Por lo tanto, todo depende del presidente Biden. Y su decisión no necesita justificación ni entraña conflicto moral alguno. El destino de Cuba está en sus manos y la libertad del yugo totalitario comunista podría ser su gran legado como presidente, algo a lo que aspiró, pusilánime, Obama y que al propio tiempo le usurparon a Trump.

Y sepa usted, como colofón, que ni el factor económico ni la seguridad nacional han sido motivos que han pesado en las decisiones de los Estados Unidos sobre las intervenciones militares humanitarias que ha llevado a cabo. Y lo que es más, como puede leerse en una detallada investigación de la Corporación Rand, un tanque pensante centrado en el tema de la toma de decisiones, el simple deseo de aparentar que se está haciendo algo ha sido el impulso tácito, no declarado, detrás de las decisiones sobre las intervenciones en los Estados Unidos.

Ahora decida usted: ¿Debió el padre intervenir tan enérgica como oportunamente en favor del hijo menor? Después de todo lo dicho aquí, ¿cree que el presidente Biden tenga algún impedimento de tipo moral, económico o ejecutivo para ordenar la intervención militar humanitaria en Cuba? Y la pregunta para los incautos: ¿Acaso un presunto daño colateral es razón suficiente para condenar a un pueblo a 60 años más de calvario comunista? ¿Por qué no se lo preguntamos al pueblo? ¿Por qué no dejamos que la juventud de la Isla elija?

ALEXIS JARDINES CHACÓN

Cuba en el Congreso de Estados Unidos: el mismo problema, sin solución

No puede entenderse que algunos congresistas y defensores de los derechos humanos sigan intentando arreglar con dinero un problema de derechos

MIAMI, Estados Unidos.- Si algo demostró el pulso cordial entre José Miguel Vivanco (Director de Human Rights Watch para las Américas) y Rosa María Payá (coordinadora de la plataforma CubaDecide) ante el Congreso de los Estados Unidos el pasado 20 de julio, es que ningún enfoque parece ser lo suficientemente apropiado para arrancar de cuajo el problema que afecta a Cuba y los cubanos.

La sesión, en la cual fueron abordadas las protestas ocurridas el 11 de julio, derivó hacia el mismo debate que hace décadas no deja avanzar ningún plan concreto en interés de los cubanos dentro y fuera de la Isla: levantar o no el embargo. Por momentos se perdía la noción de que lo importante del encuentro era el cambio radical que se ha producido en la sociedad cubana tras un levantamiento masivo y nacional que le ha movido el suelo al castrismo más que cualquier listado de sanciones emitidas por la Casa Blanca.

El embargo existe, y claro que tiene un impacto real. Nada le sentaría mejor al castrismo que la posibilidad de pedir créditos en cualquier entidad financiera, comerciar sin obstáculos con Estados Unidos, administrar recursos multimillonarios sin registrarse por una política de transparencia fiscal hacia sus ciudadanos y socios, mantener con esos caudales a la improductiva empresa estatal socialista, ir de un fiasco económico a otro... y no pagarle a sus acreedores con cualquier pretexto que tengan a bien inventarse los que esgrimen la soberanía como argumento para desechar reclamos justos y violar derechos ajenos.

Por tal razón no puede entenderse que algunos congresistas y defensores de los derechos humanos sigan intentando arreglar con dinero un problema de derechos. ¿Remesas para qué? Si todo lo que se mueve en Cuba está controlado por la dictadura, si la producción de alimentos es cada día más exigua y el mercado negro depende casi totalmente del estatal, ¿qué bienes inestimables comprarán los beneficiarios de esos capitales que Biden quiere aumentar?

Eso sin mencionar que millones de cu-

banos no reciben remesas, por tanto quedarían fuera de cualquier alivio que la Casa Blanca pudiera aportar flexibilizando la medida impuesta por Donald Trump. La solución no está en las remesas, mucho menos en darle gusto a un régimen que sintió tanto pánico por el entusiasmo de los cubanos ante el discurso de Barack Obama durante su visita a la Isla en 2016, que decidió sabotearlo con una retórica insidiosa, dejando pasmada a tanta gente que creyó que las cosas se iban a arreglar, que ambos gobiernos por fin se entenderían. La congresista María Elvira Salazar habló con la verdad ante el Congreso: el castrismo escupió sobre la mano abierta de Obama, porque no soportó que el demócrata reflejara una actitud hacia Cuba por parte de Estados Unidos diametralmente opuesta a aquella construida desde la propaganda oficial.

Después de ese intento frustrado de acercamiento, resulta incomprensible tanta insistencia en poner dinero a disposición de una dictadura que ha despreciado y reprimido tanto a quienes piden diálogo como a los que tomaron las calles. El castrismo simplemente no quiere disenso. Que Díaz-Canel se aparezca ahora -sin una disculpa por haber provocado un brutal enfrentamiento entre civiles- hablando de ponerle corazón a Cuba, de que el odio no es el camino y que hay que escuchar “todas las voces”, es un engaño en toda regla.

Muchísima Cuba salió a las calles el 11 de julio y el régimen aún tiene la soberbia de creer que su univocidad continúa intacta, que los cubanos no saben que mienten descaradamente. Se han conocido testimonios de madres desesperadas porque no encuentran a sus hijos o desconocen su situación legal, de jóvenes que fueron salvajemente golpeados y reclusos hasta que los moretones sanaran, de juicios sumarios que ahora mismo se están llevando a cabo; pero la prensa oficial asegura que no hay presos incomunicados ni desaparecidos, y que los derechos de todos han sido respetados. Tal es la naturaleza de la dictadura, con embargo o sin él.

Uno de los argumentos más utilizados

por el castrismo para justificar sus abusos fue pulverizado por el senador demócrata Bob Menéndez al afirmar que no habrá intervención militar. Las cartas que restan sobre la mesa tienen que ver con garantizar Internet gratuita a todos los cubanos y aumentar el personal diplomático en la embajada de La Habana, supuestamente para apoyar a esa misma sociedad civil que no sale de su casa si al régimen no le da la gana.

Si el camino es la presión, entonces pongan un garrote vil a la élite militar, porque la agenda hotelera de GAESA no se ha detenido y tras el despliegue de recursos para la represión y los actos de reafirmación revolucionaria, es evidente que la casta verde olivo tiene plata y combustible en abundancia para respaldar sus propios intereses. Mientras varios congresistas critican la postura de países latinoamericanos acomodados al sonsonete del embargo, empresarios leales al castrismo reafirman su fidelidad desde suelo estadounidense; una contradicción que deja mucho que desear.

Es cuestión de tiempo que los cubanos salgan de nuevo a las calles. Ahora la sensación dominante es de impotencia, aturdimiento e indignación; pero la situación social y económica no va a mejorar. Díaz-Canel es masivamente repudiado por su incapacidad política y falta de carácter. Lo que procede a partir de ahora es articular una respuesta cívica con todos los actores que se manifestaron exigiendo cambios y libertad.

Ni abusos, ni encarcelamientos, ni campañas de desprestigio van a deshacer el estallido social, porque de hecho ocurrió pese al miedo y la desconfianza que las plataformas oficiales de comunicación han inculcado diariamente desde los sucesos del 27 de noviembre de 2020. La mayoría de los cubanos ha decidido apagar sus televisores para evitar la influencia malsana de los (des) informativos y la propaganda castristas. No necesitan más verdad que la vivida el 11 de julio.

ANA LEÓN

Rebelión en Cuba: los acomodados se asustaron con la chusma

Esos que hoy se horrorizan por las protestas de los pobres, ¿dónde quedó la emoción que parecían sentir cuando Silvio Rodríguez cantaba: “¡Viva el harapo, señor, y la mesa sin mantel!”



LA HABANA, Cuba. – Ante la magnitud de las protestas de los días 11 y 12 de julio, el escritor Norberto Fuentes, un exiliado diferente, que no logra vencer su nostalgia por sus tiempos en la corte castrista, está preocupado por la eventualidad de la toma del poder por “una contrarrevolución inculta y mal hablada”.

Y no es el único. Escucho a acomodados y nuevos ricos, los burgueses del socialismo post-fidelista, que no hacen colas, no montan guaguas y no se alejan mucho de Miramar, Siboney y Nuevo Vedado, horrorizados por “el mal aspecto, la indecencia y la chusmería” de muchos de los participantes en las protestas: descamisados, en chancleta, andrajosos, profiriendo insultos y palabrotas. No repararon que entre los manifestantes hubo también artistas, profesionales, personas decentes que protestaron pacíficamente y fueron la mayoría.

Ese horrorizado espanto, en el que hay mucho de elitismo y racismo, es reforzado por la narrativa oficial que, además de presentar las protestas como un golpe blando instigado por el gobierno norteamericano a través de las redes sociales, insiste en reducirlas a los saqueos de las detestadas tiendas en Moneda Libremente Convertible (MLC) y otros hechos vandálicos cometidos por quienes califica como “delincuentes y marginales”.

Al régimen, que pregona ser “la revolución de los humildes, por los humildes y para los humildes”, parece que se les olvidó cómo lucen, cómo hablan y cómo suelen ponerse los humildes cuando ignoran sus quejas, sus necesidades, y los engañan, los desprecian y encima les caen a toletazos.

En realidad, todos los cubanos que no gozamos de los privilegios de la elite y de las fortunas que han logrado amasar unos pocos por medios casi nunca limpios, sabemos que esos que tanto horror causan a los burgueses y acomodados del castrismo son personas desesperadas por el hambre, la miseria y el ninguneo y la opresión a que han sido sometidos. ¿Cómo no vamos a entender su indignación, su ira?

Esos que hoy se horrorizan por las protestas de los pobres, ¿dónde quedó la emoción que parecían sentir cuando Silvio Rodríguez cantaba: “¡Viva el harapo, señor, y la mesa sin mantel!”

Ahora resulta que hay que esperar que los que nada tienen y nada pueden esperar sean tan cultos como Abel Prieto y Miguel Barnet, tengan modales exquisitos y se vistan correctamente... ¡Que no jodan! Si no son así es debido a la falta de valores, a las fallas de una educación ideologizada, la (de)formación que han tenido bajo este sistema inicuo, al daño antropológico infligido a varias generaciones de cubanos, obligados a fingir y a ocultar sus ideas y emociones.

Los escandalizados tan ocupados estaban en vivir sus lujosas existencias y en sus viajecitos por el mundo en pos de comprar pacotilla que ignoraron como se malvive en los derruidos solares de Centro Habana, El Cerro y Diez de Octubre, y en las villas miseria -no barrios marginales, basta de eufemismos- de Arroyo Naranjo y San Miguel del Padrón.

Tal vez haya sido conveniente el susto que se llevaron los privilegiados y los poquísimos afortunados de esta sociedad, para que no sean tan insensibles y egoís-

tas. Ahora ya saben cómo se sienten los millares de compatriotas suyos que viven peor que las cucarachas, pasando hambre, sin agua ni medicinas y vigilando que el techo no les caiga encima.

Los mandamases no: lo saben, están informados. Pero poco les importa. Lo principal para ellos es mantenerse en el poder. A como dé lugar. Por ello, además de a la policía y las Tropas Especiales con caro equipamiento antimotines, recurren a las turbas de porristas de las brigadas de respuesta rápida, tan chusmas y de tan mala catadura o peor que muchos de los llamados “marginales y delincuentes” a quienes golpean a matar, con el odio reflejado en sus rostros lombrosianos. Y luego, muestran en el NTV las heridas con puntos en las cabezas de los porristas, jamás las heridas de los manifestantes.

Y siguen los mandamases con sus mentiras aterradoras para demonizar a los que protestan. Son ridículos y nadie se cree sus cuentos de los hospitales atacados ni de la mujer a quien en las redes sociales encomendaron, a cargo de una recarga telefónica, golpear a niños y retratarlos para culpar a la policía por los hematomas.

Si los mandamases y sus servidores de la prensa oficialista son capaces de inventar esas sandeces, ¿cómo no van a utilizar para su provecho, para espantar a los paniaguados, la marginalidad y el mal aspecto de muchos de los manifestantes, especialmente de las zonas más pobres?

JLUIS CINO

Apuntes sobre el 11J: ¿Quiénes son los criminales?

Luego de los golpes encajados a los manifestantes con estacas de marabú –que es nuestro arbusto nacional por obra y gracia de la desidia–, pícaros devenidos tontos pretenden reducir el estallido social cubano a simples disturbios de muchedumbre conducida

LAS TUNAS, Cuba. – Tristes paradojas vive mi país. Mientras en algún lugar del mundo alguien lee lo que escribo –no importa el huso horario ni si es mediodía, anochecer o madrugada– en Cuba, un país agrícola, otrora primer productor de azúcar de caña del mundo –pero que hoy no produce ni azúcar, ni granos, ni leche, ni carne, ni arroz, ni plantas de huertas para alimentar a su población, y donde las cosechas de mangos se pudren en los campos porque los campesinos tienen expresamente prohibido vender sus productos sin autorización del Estado– policías, fiscales y jueces, como si fueran obreros fabriles en producción continua, están ocupados formando causas penales a decenas de mujeres y hombres, casi todos muy jóvenes, algunos niños, adolescentes apenas.

Y es que el pasado domingo 11 de julio mucha gente en Cuba se fue a la calle por primera vez en más de medio siglo de consignas adiestradas y de carteles impresos por las editoras del Partido Comunista Monopolista de Cuba. Esta vez, alzando proclamas escritas de su puño y letra con un rótulo políticamente invencible: “¡Patria y Vida!”, exclamaron... “¡No tenemos miedo!”, “¡Libertad!”, “¡Abajo el comunismo!”.

Luego de los golpes encajados a los manifestantes con estacas de marabú –que es nuestro arbusto nacional por obra y gracia de la desidia–, pícaros devenidos tontos pretenden reducir el estallido social cubano, que recuerda al generalísimo Máximo Gómez cuando dijo “bendita la tea”, en simples disturbios de muchedumbre conducida.

Pues..., si así lo creen o así enmascaran la realidad los que dicen ser “continuidad” del castrocomunismo, peor para ustedes. Con la presunción perenne de creer a sus conciudadanos –por discrepantes– incapaces de pensar por sí mismos, en su engrimiento estalinista los fatuos negadores de su raza permanecen obnubilados con el aplauso hipócrita de los llevados y traídos, seguros, o, cuasi apalancados, con el garrote de los enganchados con prebendas. Yerran. Luego de 62 años de marchas marchitas el estallido social del 11 de julio detonó vivo, alegre, multicolor, cuales estelas de fuegos artificiales en un cielo estrellado. Después no. Y era previsible. Después, chispas acumuladas por años de insolencias respondidas con mutismos se transformaron en llamaradas sobre el tejido seco de la nación.

Y volaron piedras. Y automóviles de policías y de comisarios fueron puestos al revés. Y sobre ellos fueron vertidos desechos pútridos. Basura acumulada en las ciudades cubanas durante planes quinquenales, cumplidos para unos e incumplidos para otros, y esos otros, en Cuba, son la mayoría.

En la Isla la clase dirigente habita calles cuidadas. Pero los desperdicios se acumulan en “las calles de los revolucionarios”, en las feas calles. ¡Por favor! ¿Puede alguien decir quiénes son los revolucionarios en Cuba? Bien. Entonces, un carro de policía panza arriba con un cesto de inmundicias encasquetado era de esperar. Eso es revolución. ¿No? Es el mensaje idóneo para intendentes, gobernadores, comisarios políticos y presidentes inútiles. Barrigudos... ¡Plaf!

Y luego los manifestantes fueron a por las

“tiendas MLC”. Dicen que los comercios MLC (Moneda Libremente Convertible) fueron “vandalizados”. ¡Cómo que vandalizados! ¿De dónde surgieron los vándalos? Acaso son progenie tenida a menos por los Havana Boys del general Luis Alberto Rodríguez López-Calleja que, a su manera, copiaron los métodos que tanto criticaron a los Chicago Boys del general Augusto Pinochet.

El vandalismo no está bien ni por parte de los ciudadanos iracundos antes tenidos a menos por pobres y marginales –y ahora detenidos como delincuentes por incursionar en las Tiendas MLC –, pero tampoco estuvo bien por parte de los Havana Boys del general López-Calleja dolarizar las tiendas haciéndolas inaccesibles para los cubanos “marginales”, con precios crueles para los familiares de los que un día echaron de Cuba llamándolos “escorias”. A esos mismos, ahora llamándolos “la comunidad cubana en el exterior”, les piden que llenen maletas de comida, jabones, detergentes y medicinas y las traigan a Cuba, donde, los ilustres jefes de policías, fiscales y jueces dirigidos por los comisarios del PCC (Partido Comunista de Cuba) niegan a los cubanos “marginales” hasta la honrosa acusación de sediciosos para etiquetarlos como ladrones de las tiendas MLC.

Eso es, ni más ni menos, la crónica de la criminalización anunciada y en reiteradas ocasiones ejercitada: a los cubanos integrantes de la Brigada 2506 que desembarcó por Playa Girón los llamaron “mercenarios”; a quienes integraron guerrillas para combatir a los castristas que negaron ser comunistas los tildaron de “bandidos”; a los que se opusieron al castrocomunismo los tacharon de “gusanos”, mientras que los castrocomunistas reservan para sí el título de “revolucionarios”, nada menos que en Cuba, en un país inmóvil hasta para producir lo que consume, culpando de su inmovilismo a un embargo al que llaman “bloqueo”. Eso es cinismo.

ALBERTO MÉNDEZ CASTELLÓ



Patria y vida: llegó la hora de los cubanos

Soy consciente de que puede parecer hipócrita y despiadado que un exiliado disuada de la huida y fomenta la protesta desde la seguridad y comodidad del exilio. Sin embargo, no debemos caer en la trampa de convertirnos en cómplices de silenciar la protesta por la vía de la salida.

MONTANA, Estados Unidos. – Entre 1987 y 1991 los pueblos de Estonia, Letonia y Lituania lucharon contra la ocupación soviética esencialmente cantando. Dos millones de personas tomadas de la mano, entonando canciones patrióticas en esos tres países. Esa fue la Revolución Cantada de los Estados Bálticos.

Ahora vemos protestas masivas en toda Cuba con manifestantes que corean Patria y Vida, título de una canción escrita por disidentes cubanos que resuena en dramático antagonismo con el lema del gobierno “Patria o Muerte”. La letra de Patria y Vida destaca la falta de libertad en Cuba y se ha convertido en el himno de los manifestantes.

Sí, los años de grave escasez de alimentos, medicinas y otras necesidades, junto con una oleada de contagios de COVID-19, fue un factor acelerante, pero no el factor determinante en las protestas. El levantamiento no ha sido por las penurias. Este levantamiento demostró que los cubanos ya no creen que la miseria que padecen sea el resultado de las sanciones económicas de Estados Unidos, sino el resultado del sistema económico improductivo impuesto por sus propios dirigentes.

La sublevación Patria y Vida muestra que los cubanos conocen que es la falta de libertad lo que conduce al atolladero. Ahora tendrán que decidir entre: huir, protestar o someterse. Tal es el tema y título de un libro de 1970 del economista y politólogo Albert O. Hirschman, que distingue perfectamente

las opciones que tiene ante sí el pueblo cubano.

Huir, protestar o someterse, se convirtió en un influyente libro de lectura obligatoria para los científicos sociales. La tesis de Hirschman es que un individuo, ante una situación frustrante o fallida tiene tres opciones: irse, quejarse o aguantar en silencio. En este caso, “irse” es abandonar el país y emigrar a otra nación; “protestar” es alzar la voz para articular el descontento; “someterse” es seguir leal al régimen gobernante o a su ideología.

Como hemos visto en Cuba, hasta en los regímenes más represivos hay siempre cierta lealtad al gobierno. Es necesario al menos un mínimo de aceptación para mantener la capacidad operativa de instituciones tales como las fuerzas armadas. Para los que no son leales al régimen, sólo queda irse o protestar, opciones mutuamente excluyentes.

Históricamente, los cubanos, incluido quien esto escribe, optaron por la opción de huir. A menudo elegimos esta opción para obtener recursos y regresar para derrocar al régimen castrista, como fue el caso de muchos de los primeros exiliados cubanos de mi generación. El desembarco de la Brigada 2506 en Bahía de Cochinos en 1961 y otras acciones gallardas emprendidas en las décadas de 1960 y 1970 lo ejemplifican. Hoy nuestras voces son más suaves y moderadas, pero siguen siendo fieles a la idea de una Cuba libre.

En el análisis de Hirschman, la huida temprana paraliza la protesta, pues la

priva de sus principales agentes. Sí, durante un tiempo tal vez, pero hoy hay una nueva generación en Cuba que ha abrazado la protesta como su estrategia para lograr la libertad de esa sufrida nación.

Hirschman señala que cuando la opción de huir no es posible, como es mayormente en el caso de los cubanos, la protesta se convierte en la única opción de la oposición, “...el papel de la protesta aumenta a medida que la oportunidad de huir disminuye”. Por otra parte, cuanto más fácil es la opción de huir, menor es la protesta. “La posibilidad de huir puede atrofiar el arte de la protesta”. Conociendo esto, los regímenes opresores tratan de eliminar de la esfera nacional a sus enemigos políticos.

Ahora, una nueva generación de cubanos valientes y patriotas ha encontrado su voz en la Isla. El predicamento y reto para mi generación de exiliados es apoyar la protesta, no la huida, con todos los recursos sociopolíticos y económicos a nuestro alcance. Soy consciente de que puede parecer hipócrita y despiadado que un exiliado disuada de la huida y fomenta la protesta desde la seguridad y comodidad del exilio. Sin embargo, no debemos caer en la trampa de convertirnos en cómplices de silenciar la protesta por la vía de la salida.

JOSÉ AZEL



Cuba después de las protestas

La represión podrá acallar a los cubanos por un tiempo, pero el fermento de sus demandas crecerá si no se abren las puertas de la libertad.

LA HABANA, Cuba. - ¿Qué harán el Partido Comunista de Cuba (PCC), el Gobierno y los militares para responder a la espontánea explosión del “obediente” pueblo de Cuba desde Occidente a Oriente el pasado 11 de julio? Nada será igual que antes, los cubanos se destaparon. La solución debería ser pacífica y participativa. Debería.

Miguel Díaz-Canel atemperó su convocatoria inmediata a la violencia revolucionaria debido al escándalo internacional que provocó su orden de combate y participó en un acto de “reafirmación revolucionaria” en la capital, el 17 de julio.

Ese día, a pesar del ascendente pico de la COVID-19, las autoridades arreararon a miles de personas en La Habana. El gobernante cubano argumentó que no era un capricho reunirse en medio de una compleja situación epidemiológica, sino que era necesario denunciar una vez más el “bloqueo”, la agresión y el terror.

En las capitales provinciales se realizaron actos similares donde intervinieron los primeros secretarios del PCC de cada territorio. En La Habana, por su parte el cauto general de Ejército Raúl Castro solo se dejó ver al fondo de la Tribuna Antiimperialista.

En nombre de los comunistas cubanos, Díaz-Canel expresó que nada los apartaba de la necesaria autocrítica, de la rectificación pendiente, de la revisión profunda de sus métodos y estilos de

trabajo. Sin embargo, descargó nuevamente las culpas en otros “por la burocracia, por las trabas y la insensibilidad de algunos que tanto dañan”.

Al aseverar que venía a “reiterar el compromiso de trabajar y exigir el cumplimiento del programa que nos hemos dado como Gobierno y como pueblo, revisado a la luz de los posibles errores de esos años de presiones intensas, particularmente, los dos últimos”, demostró que no existe voluntad de paliar los sufrimientos del pueblo.

Los cubanos ya sacaron sus sufrimientos de sus entrañas; la represión podrá acallarlos por un tiempo, pero el fermento crecerá si no se abren las posibilidades de autorrealización personal, si no se da riendas sueltas a la creatividad ni se permite la libertad de expresión y la participación ciudadana.

Las protestas no llegaron de “afuera” del país. Hace tiempo que los cubanos están convencidos de que el bloqueo interno es la causa principal de la miseria y la destrucción. Los gobernantes no tienen apuro, pueden tomarse 10 años más para ejecutar medidas fallidas. En las calles se comenta que ellos no padecen las carencias de alimentos y medicinas, no hacen largas colas para adquirir artículos de primerísima necesidad, no viven hacinados, no montan guaguas repletas pese a la pandemia, no tienen cortes de energía eléctrica ni padecen el intenso calor. Por el contrario, están

bien alimentados, tienen cutis lozanos y voluminosas barrigas.

La tensa calma posterior al 11 de julio está asentada en el despliegue de las imponentes tropas especiales del Ministerio del Interior y las Fuerzas Armadas, las fuerzas regulares y los reservistas de ambos cuerpos, los miles de miembros de la Seguridad del Estado vestidos de civil en campos, poblados y ciudades, así como los factores integrantes de las llamadas organizaciones de masas o de la supuesta sociedad civil, siempre al acecho para denunciar y emprender los “mítines de repudio” contra cualquier ciudadano acusado de ser “contrarrevolucionario”.

Ahora la cautela ciudadana es motivada por los cientos de presos tomados durante la semana transcurrida, sin conocerse aún el paradero de algunos y con el anuncio televisado de que se harán juicios expeditos por causas comunes, con posibilidad de duplicar las condenas estipuladas por la legislación. Como es usual, se pretende la inexistencia de presos de conciencia y políticos. El verano caliente de 2021 recuerda la Primavera Negra de 2003, con la terrible diferencia de que en 18 años y con la alternancia de tres gobernantes, el totalitarismo ahoga al pueblo con el mismo propósito de afianzarse en el poder.

MIRIAM LEIVA



Movimiento Black Lives Matter: las vidas que realmente importan

Basta mirar los videos del 11 de julio para comprobar cuantos negros y mestizos fueron apaleados por la policía, y cuantos sirvieron también como brazos represores, descorriendo el velo de un conflicto terrible

LA HABANA, Cuba. - Cuando en mayo de 2020 asesinaron a George Floyd, muchos cubanos adornaron sus perfiles en Facebook con el marco de Black Lives Matter (BLM). Hasta ese momento poco se sabía de la organización fundada en 2013 con el objetivo de defender los derechos de los afroestadounidenses y luchar contra la supremacía blanca y la violencia policial ejercida sobre las comunidades de raza negra. Se trataba, supuestamente, de una entidad sin fines de lucro y con profunda vocación humanista que trascendía el tema racial para incluir también en sus premisas a la generalidad de ciudadanos desclasados, marginados y violentados en sus derechos.

Cubanos de todas las razas se solidarizaron con ese movimiento a raíz de la brutal muerte de Floyd, aunque muchos de ellos jamás habían alzado la voz ni colocado un post en redes sociales para denunciar la violencia de los policías cubanos contra ciudadanos negros. La mayoría, de hecho, había guardado silencio cuando dos uniformados le dispararon por la espalda al joven Hansel Hernández Galiano durante un incidente todavía no esclarecido en el municipio de Guanabacoa. Esa actitud dejó clara la ambivalencia de los cubanos “antirracistas”, y lo mismo ha sucedido con la dirigencia de Black Lives Matter en su pronunciamiento a raíz de los acontecimientos del 11 de julio.

En una declaración que cubrirá para siempre de vergüenza a la dirigencia del movimiento, sus voceros se han acogido al discurso de la dictadura cubana, culpando exclusivamente al embargo de Estados Unidos por la frágil situación que atraviesa la Isla, y despojando al castrismo de toda responsabilidad tras 62 años de fallida gestión. Al parecer no eran negros, ni gente humilde, los que tomaron las calles en tantos municipios de la capital. No eran negros los que caminaron clamando libertad por las calles derruidas de La Cuevita, uno de los barrios

más pobres, habitado por cubanos de todas las razas, pero predominantemente por negros y mulatos.

No es cosa de izquierda o derecha. Es una cuestión de decencia ponerse del lado de un pueblo oprimido, con severos traumas sociales que durante años han sido barridos bajo la alfombra porque nunca llega el momento adecuado para discutirlos. Basta mirar los videos del 11 de julio para comprobar cuantos negros y mestizos fueron apaleados por la policía, y cuantos sirvieron también como brazos represores, descorriendo el velo de un conflicto terrible que confirma cuán efectivo ha sido el método de la élite gobernante blanca de dividir y sembrar odio entre hermanos de raza que en otros tiempos tuvieron una causa común.

Con su pronunciamiento, la actual dirigencia de BLM ha traicionado sus principios. Es evidente que su agenda ha sido puramente política, y que lejos de ser un movimiento progresista, se ha convertido en un vivero de doctrinas muy peligrosas para la democracia estadounidense. Quien apoya al castrismo de forma tan contundente no deja margen a especulaciones. La faceta “progre” que tantos simpatizantes ha ganado, lleva consigo la semilla del totalitarismo, un ADN pertinaz que se ramifica en cualquier terreno donde la libertad individual manifieste el menor síntoma de debilidad.

A la dirigencia de BLM le importan las vidas verde olivo, las que van de guayabera lavándole la cara a un régimen militar corrupto e injerencista. Confiamos en que muchos de sus seguidores no están de acuerdo con el respaldo dado a la dictadura cubana. Nada aparenta interesarle menos que un negro humillado, donde quiera que esté. En apenas ocho años pasó de ser un movimiento social a un negocio muy lucrativo, con sus nuevos líderes dedicados a avivar resentimientos entre ciudadanos de distintas razas y comprar mansiones para pensar con comodidad en la próxima campaña; o

esperar por el próximo negro norteamericano muerto a manos de un policía blanco para lanzarse a la yugular del poder imponiendo una sola visión, tergiversada y virulenta, de un problema que posee muchas aristas.

La dirigencia de BLM se ha manifestado como igual al castrismo. Escoger una sola cara de la verdad no es defender la verdad; mucho menos si se trata de darle gusto a un aliado político. Sus palabras han decepcionado profundamente a los cubanos dignos, dentro y fuera de Cuba, que hoy reclaman libertad y cuentan por cientos los heridos y desaparecidos tras las protestas.

No fue el presidente Joe Biden quien convocó a una guerra civil. No fue el “bloqueo” quien esgrimió un garrote sobre la cabeza de un conciudadano. No fue el imperialismo quien soltó a la jauría de tropas especiales contra personas desarmadas, artistas, intelectuales, estudiantes, médicos, maestros. La Casa Blanca no provocó este dolor que hoy estremece a toda Cuba, y el actual BLM es muy cínico al ignorar deliberadamente los excesos de un régimen que el pasado 11 de julio revivió el abuso contra George Floyd en el pellejo de cientos de cubanos.

No importa si fue una rodilla estranguladora o una porra abriendo la cabeza de un muchacho. Eran seres humanos indefensos ante escuadrones dispuestos a matar. Si la dirigencia de BLM no puede ver tales similitudes, entonces son falsos sus fundamentos y propósitos. El humanismo no tiene color político, y es por naturaleza inmune a los adoctrinamientos.

El actual Black Lives Matter ha mostrado una cara muy lamentable. Los cubanos de bien jamás olvidarán su posición antipopular y antidemocrática, descaradamente favorable a la supremacía blanca de un régimen dictatorial que ha secuestrado esta Isla y castigado sin piedad a sus hijos.

JAVIER PRADA

El detonante de las protestas en Cuba no llegó de “afuera”

En años anteriores para el régimen fue relativamente fácil simplificar el relato público de algún que otro enfrentamiento pequeño, haciéndolos pasar por frutos de la injerencia externa. Pero saben bien que lo sucedido este 11 de julio trasciende la teoría y que no se quedará ahí.

LA HABANA, Cuba. - Que durante más de un año el régimen ha usado las severas restricciones sanitarias más para reprimir que para evitar los contagios por COVID-19 es una verdad incuestionable. Pruebas nos ha regalado por montones, y entre ellas está la marcha oficialista de este último sábado en la mañana. Una movilización costosa, caprichosa, forzada, a la que miles de cubanos y cubanas asistieron no por convicción, sino como consecuencia de las diez mil y una formas de chantaje y manipulación que el gobierno comunista practica para fingir que cuenta con apoyo popular.

Teniendo en cuenta la oleada de contagios por coronavirus, los gastos en logística que supone mover a tantas personas, tropas, técnica y armamentos pero, sobre todo, el despliegue de seguridad alrededor de Raúl Castro y a kilómetros a la redonda del sitio (en momentos de crisis económica profunda), ha sido entonces una maniobra desesperada, un teatro político con pésimos actores y esta ha sido la mejor prueba para convencer al más ingenuo de que los toques de queda, las prohibiciones de movilidad y de reunión de personas, incluso la militarización de las calles, son medidas para contener el descontento popular y retardar lo más posible un estallido que el régimen sabe inevitable.

Inevitable porque el país, aunque en este minuto permanece en calma a fuerza de violencia policial, en realidad está a punto de ebullición como nunca antes y, lo más preocupante para los comunistas es que esta vez el fuego no viene totalmente de “afuera”, ni de los grupos opositores de toda la vida, sino de muy bien “adentro”, y sobre ese aspecto también hay evidencias palpables, como el hecho de que el 11 de julio hubo un “tiempo de gracia”, una extraña y favorable “demora” entre los estallidos, su diseminación por la Isla y la entrada en escena de la policía, a pesar de que es harto conocido que existen protocolos de actuación antimotines más que ensayados, sin hablar de que los “revolucionarios” -en su mayoría policías y soldados disfrazados de civiles- solo

salieron a las calles cuando horas más tarde, después del llamado a la violencia de Díaz-Canel, las tropas especiales del ejército fueron desplegadas y se controlaron los principales focos de tensión.

Pero se aprecia bien en las imágenes difundidas en redes sociales, así como en otras tomadas por cientos de personas en el lugar aunque no divulgadas, que durante unas horas no hubo respuesta policial sino repliegue. Incluso en las tomas que provienen del propio San Antonio de los Baños, epicentro del estallido, se ven algunos policías observando la manifestación, o avanzando por las calles en medio de esta, como si no estuvieran en presencia de un acontecimiento inusual, es más, como identificados con las demandas.

Este y otros detalles -todos probablemente relacionados con desacuerdos y desencuentros en la toma de decisiones en la cadena de mando- apuntan a grietas reales, peligrosas, que han mantenido en ataque de nervios a la élite militar-comunista por estos días porque, aunque a toda costa intentan demostrar a la opinión pública mundial que las revueltas fueron estimuladas desde el exterior, saben bien lo que en realidad está sucediendo en la base sobre la cual se alzan, cada día más inestable.

De modo que si las acciones de los grupos opositores de cubanos en el exilio hasta ahora le sirvieron al régimen para, frente a una izquierda fanática y los pocos empresarios enganchados al mito de la “estabilidad política”, sostener aquella narrativa de “pequeño país acosado por los Estados Unidos” (cuando en realidad este añejo conflicto no es solo entre dos gobiernos, sino que siempre estuvo protagonizado por miles de cubanos forzados a exiliarse por oponerse o enfrentarse a la dictadura), desde hace ya un tiempo ese recurso efectista no les funciona en tanto los estallidos son, en buena medida, fruto de fraccionamientos internos, profundos, causados por partidarios descontentos y decepcionados.

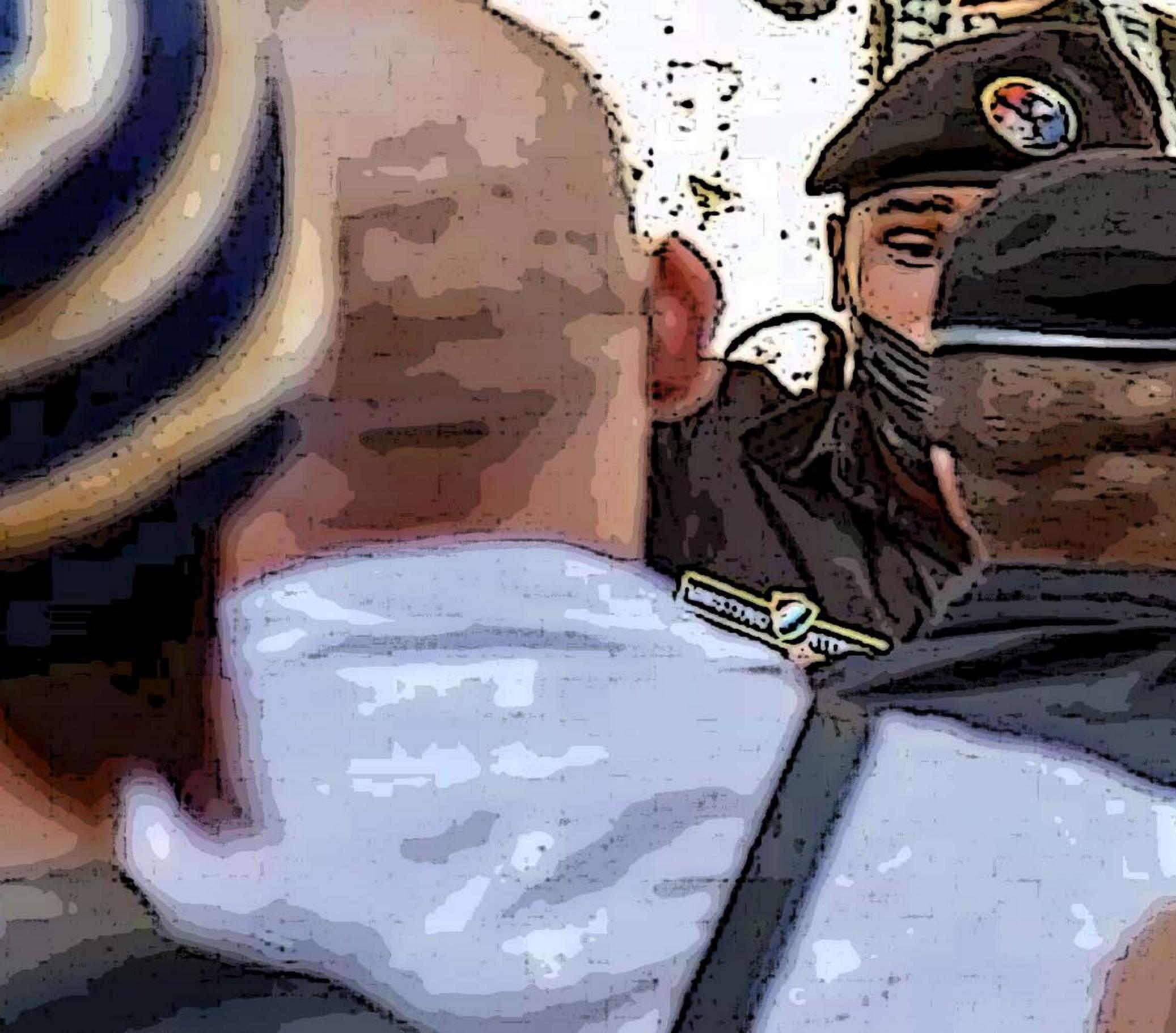
El éxodo de militantes del Partido Comunista de Cuba (PCC) en los últimos

años no es un secreto. Se ha debatido sobre ello en los cónclaves recientes de la organización. Del crecimiento casi forzoso de las filas también se sabe. Llama, además, poderosamente la atención el surgimiento en redes sociales de grupos independientes de cubanos autodefinidos “comunistas”, “socialistas”, “centristas”, “revolucionarios” y “de izquierda” pero que al mismo tiempo disienten abiertamente de las políticas del actual gobierno cubano, de la dirección del PCC, incluso que acusan a estos de una “traición al legado” de Fidel Castro. Y en ese sentido, como consecuencia del enfrentamiento abierto, también han sufrido persecución, acoso policial, detenciones y acusaciones de mercenarismo, de colaboración con el “enemigo”.

Asistimos entonces por estos días a un conflicto mucho más difícil de superar por el régimen porque es muy diferente, en composición y demandas, a todos los anteriores. La vieja fórmula de las marchas multitudinarias inventada por Fidel Castro sobre la base de sus dotes de encantador de serpientes no les va a funcionar. De hecho, los asistentes al acto no alcanzaron el número previsto, de modo que debieron acudir a la pericia del equipo de camarógrafos y fotógrafos para sacar al menos unas cuantas imágenes que sostuvieran la fracasada representación teatral de este sábado 17 de julio.

En años anteriores para el régimen fue relativamente fácil simplificar el relato público de algún que otro enfrentamiento pequeño, haciéndolos pasar por frutos de la injerencia externa. Pero saben bien que lo sucedido este 11 de julio trasciende la teoría y que no se quedará ahí, que necesitarán recursos que no tienen en abundancia para contener la explosión, y que la calma de ahora es una “curita” sobre una herida que reclama amputación radical, y cualquier mala decisión pudiera derivar en una guerra civil o en algo mucho peor.

No solo porque las causas de los estallidos permanecen intactas, muchos de sus protagonistas continuarán hundidos en la peor situación económica y



sin esperanzas de superarla, así que los “nuevos disidentes” ya no tienen nada más que perder. Como tampoco nada que ganar con las insulsas medidas de flexibilización aduanera o la canción de cuna del Ministro de Economía.

Porque de lo que se trata es de pérdida total de la credibilidad entre sus propios partidarios, entre los que han quedado fuera, marginados, olvidados, despreciados en unos planes de salvación dirigidos a preservar la vida y comodidades de una sola familia en el poder más que a fortalecer un “sistema” o a hacer prosperar una nación.

Pero también el detonante han sido la ausencia de liderazgo y carisma personal en la dirección del país, el rechazo a una casta de militares-empresarios que se enriquece a costa de las penurias de un pueblo y también –porque no debemos cometer el error de simplificarlos o a darlos por irreales ya que poco o nada se filtra a la prensa– a los indudables conflictos de intereses entre quienes se sienten legítimos herederos de un poder traspasado por “simpatías” y “conveniencias personales” y no por sometimiento a elección, o por lo menos a consulta entre “iguales”. Y aclaro este último término: “iguales”, pero solo dentro de la propia casta dictatorial.

Así, saben bien los principales del régimen que no están en presencia de simples “disturbios”, aunque para su propio consuelo y hacia el exterior insistan en venderlos como tal. Son protestas y, lo que es más grave para ellos, han nacido al interior de su vetusto cuerpo “monolítico”. Son sus vástagos,

pero también sus muchos “bastardos” y “abortos” a los que deben enfrentar esta vez.

Ahora, a tono con la narrativa de siempre, acusarán de “delincuentes” y “traidores” a quienes están cansados de ser títeres de una élite comunista, a quienes dejaron salir tanta ira acumulada por décadas y apenas ajustaron cuentas pendientes o se defendieron de los violentos militares disfrazados de civiles, pero nada de lo que hagan zanjará la cuestión de fondo, y es la convergencia casi absoluta de todas las facciones y grupos en el deseo de que la dictadura caiga de una vez, aunque lo que venga detrás sea peor.

Pues cuando un gobierno, por enquistarse en el poder, acorrala al pueblo entre la agonía lenta y la muerte rápida, la mayoría optará por dejar de sufrir.

Peor que el hambre y la incertidumbre de más de medio siglo, más infame que el “bloqueo interno” que intenta legitimarse en el “bloqueo externo”, más cruel que ir presos por decir y escribir públicamente lo que pensamos, más criminal que obligar a nuestros hijos a emigrar para con las remesas sostener la economía de familias convertidas en rehenes de una casta parasitaria en el poder, no puede haber otra realidad. No para un pueblo de tradición y esencia universal, creadora, como el cubano.

ERNESTO PÉREZ CHANG



Carta abierta a Miguel Díaz-Canel

Ustedes carecen de verosimilitud... Ni dentro ni fuera del país les creen una palabra. No se puede mentir a la gente durante tanto tiempo.

Carta abierta a Miguel Díaz-Canel
Presidente,

A nadie, salvo a los psicópatas, les gusta ser percibidos como los inductores del terror. Eso fue lo que cambió abruptamente el domingo 11 de julio. Regresaron, volando del más allá, Esteban Ventura y Conrado Carratalá, dos famosos asesinos de Batista, y se confundieron con los revolucionarios. Se modificó sustancialmente el relato. Los revolucionarios pasaron de ser los protagonistas de una historia gallarda de resistencia frente a la adversidad, a ser percibidos como lo que son: unos abusadores que les pegan, hasta matarlos, a jóvenes desarmados que pedían libertad.

El estallido social se veía venir. El Movimiento San Isidro y la canción “Patria y Vida” fueron los puntos de inflexión. Su gobierno, Presidente, no supo responder. Como siempre han hecho, dieron un do de testículo sin advertir que las circunstancias son otras. Fue un error no conversar con esos jóvenes.

El 11 de julio de 2021 todo comenzó a cambiar en Cuba. No es el final, pero sí el comienzo del final. Lo dijeron, antes de que ocurriera, entre otros, muy preocupados, Yoani Sánchez en 14ymedio, y el cura José Conrado Rodríguez a todo el que lo quisiera oír. Esta vez sería distinto. No era una crisis habitual.

Los cubanos llevan décadas subalimentándose en casas semiderruidas por la incuria de sus gobernantes. Con frecuencia, tienen que evacuar sus viviendas porque se vienen abajo. La educación y la sanidad son del tercer mundo, (menos para los “mayimbes”, claro). Las ropas, los zapatos y los teléfonos móviles son objetos tan preciados que te pueden matar para quitarte unos tenis o un celular. El transporte es del cuarto mundo. Internet va y viene al criterio de los jefazos. Y, sin embar-

go, nada pasaba.

¿Qué ocurrió el 11 de julio? Sucedió que Fidel murió a fines del 2016 y Raúl, aparentemente, se había retirado. Sucedió que casi se acabaron los alimentos. Las manipulaciones oficiales con la moneda terminaron de hartar a la sociedad porque era una estafa tras otra. Nada irrita más al trabajador que le paguen en una moneda sin poder adquisitivo y le vendan en una divisa que vale 20 o 30 veces más que su magro salario. Sucedió el calor del espantoso verano cubano y la ausencia de abanicos eléctricos y mucho menos de aires acondicionados.

Sucedió la pandemia del COVID-19. Ustedes, Presidente, gestionaron muy mal esa crisis. Las vacunas “Abdala” ni siquiera tienen el visto bueno de las autoridades sanitarias cubanas o venezolanas. Sólo han llegado a un porcentaje minúsculo de la totalidad de los habitantes de la Isla, mientras 12 millones de vacunas han ido a parar a Venezuela. Se han atrevido a decir que su eficacia es del 92%, tras tres dosis. ¿Por qué ese 92%? ¿Para no ser menos que la vacuna rusa? Con la vida de las personas no se juega, Presidente. La secretividad no es una virtud en estas cuestiones. Ya sabe, porque lo dijo Martí, que no se manda una República, como si fuera un campamento militar.

Ustedes carecen de verosimilitud, Presidente. Ni dentro ni fuera del país les creen una palabra. No se puede mentir a la gente durante tanto tiempo. Fidel juró que no era comunista al principio de la revolución. Luego se contradujo y aseguró que se hizo marxista leninista en la etapa universitaria. Acusó a EE. UU. de todos los males que afectaban a Cuba. Incluso, de mandarle los ciclones. Le llamaba “bloqueo” al embargo, unas medidas que limitaban las transacciones comerciales entre los dos países, producto de las confiscaciones de empresas norteamericanas sin

pagar un céntimo de indemnización.

Estas confiscaciones comenzaron durante el gobierno de Eisenhower y se intensificaron en los mil días de Kennedy. Pero cuando Obama restableció relaciones en el 2014 y trató de allanar el camino entre ambas naciones, lo acusaron de imperialista y de tener intenciones ocultas de anexionar a la Isla, tendencia que, supuestamente, estaba presente en Estados Unidos desde comienzos del siglo XIX, a partir de la presidencia de Thomas Jefferson.

Usted, Presidente, si no quiere provocar un golpe militar, tiene que abrirse al diálogo con la sociedad. Ya se han dado de baja miles de personas. Los más conspicuos son los artistas que todos conocemos: Chucho Valdés, los Van-Van, Leo Brouwer (sobrino-nieto de Ernesto Lecuona) y Silvio Rodríguez (se lo está pensando).

Raúl, a sus noventa años, está muy viejo y ha vivido para complacer a Fidel. No tiene remedio. Incluso, después de enterrado el Comandante gravita sobre todos ustedes. ¿Qué dijeron en las reuniones? Se preguntaron qué hubiera hecho Fidel Castro. Pero Fidel no entendía nada del mundo actual, y murió entretenido dedicado a la producción de Moringa. Podía vencer, pero no vencer. La democracia sirve, entre otras cosas, Presidente, para evitar la violencia. Es verdad que usted puede perder el poder, pero de qué le sirve el gobierno si usted es universalmente repudiado. La revolución cubana fue ejemplar en sus comienzos, pero el proceso fue rechazado paulatinamente. Los últimos vestigios de lozanía los perdió el 11 de julio pasado. A partir de entonces han quedado como asesinos y matones. Ese rol, Presidente, no le gusta a nadie. Continuarán las deserciones.

CARLOS ALBERTO MONTANER



Echar a los cubanos de su patria: La mayor estrategia del castrismo

En el fondo, el régimen de la Isla se enfurece cuando son devueltos al país cientos de cubanos que arriesgan sus vidas para llegar a suelo estadounidense.

LA HABANA, Cuba. - De seguro el régimen castrista estuvo esperando durante estos últimos meses que el pueblo reaccionara ante la terrible situación de la Isla, la misma que vivió la Unión Soviética cuando el socialismo se disolvió en 1989.

No obstante, el gobernante cubano, al referirse a las protestas, las consideró “una cobarde provocación que intenta desestabilizar a la nación”, en vez de analizar la bancarrota del socialismo, sin echarle la culpa al “bloqueo”.

Este domingo 11 de julio, bastante cerca de aquel 26 de julio de 1956, cuando ocurrió el acto terrorista más criminal de la historia de Cuba, perpetrado precisamente por los hermanos Castro, el pueblo cubano dijo basta y salió a las calles espontáneamente, desarmado y valiente, para gritar lo que es su derecho.

El gobernante cubano alega entonces que quienes alientan estas manifestaciones no quieren el bien para Cuba, y utiliza cínicamente la pandemia y el miedo para evitar las protestas.

Díaz-Canel llegó tarde a la repartición de la precaria maleta castrista. Lo vi asustado, con el rostro descompuesto, haciendo de tripas corazón, repitiendo como Fidel que “las calles son de los revolucionarios”.

Al gobierno castrista siempre le convino que los cubanos que no quisieran vivir bajo el comunismo emigraran, y para eso puso en práctica una política maquiavélica.

Los trágicos episodios de emigración irregular, ilegal y desordenada que provocaron tantas veces Fidel y Raúl Castro, les venía siempre bien. Salían de aquella “escoria”, es decir, de quienes nunca lograron doblegar. Y, además, provocaron que miles de hombres, mujeres y niños murieran en el estrecho de la Florida o en las selvas de Centroamérica.

¿No organizaban salidas masivas

para deshacerse de los cubanos que podrían ser enemigos suyos, cuando hacía crisis el socialismo? ¿Acaso el régimen no contribuye actualmente a que los cubanos de la Isla viajen hacia el exterior por terceros países, donde muchos han caído en las manos de traficantes para ser víctimas de robo, violación y muerte?

El castrismo para nada acepta que la política migratoria de EE. UU. haya salvado a cientos de miles de cubanos que huían del comunismo. En cambio, la llama “un instrumento de hostilidad hacia nuestro país, que tiene como objetivo desacreditar y desestabilizar a la Isla”.

Incluso tienen el descaro de llamar a la emigración nunca al exilio “sensible temática” y responsabilizar a Estados Unidos, país que ofrece refugio alrededor de dos millones de cubanos, de la debacle ocasionada por los Castro y continuada por Díaz-Canel.

¿Es que los mandamases cubanos no son capaces de reconocer que su gobierno se desacredita a sí mismo?

La verdad es muy sencilla: el Gobierno cubano se enfurece cuando ve que Estados Unidos limita el envío de remesas a Cuba, que ha dejado de otorgar anualmente entre 60 000 y 80 000 visas a los cubanos que, para el régimen, significa perder potenciales emisores de remesas y ganarse probables manifestantes contra el comunismo.

La dictadura también se enfurece cuando son devueltos a la Isla cientos de cubanos que arriesgaron sus vidas para llegar a suelo estadounidense mediante una travesía por mar con riesgos de naufragio y muerte. Echar a los cubanos de su patria, esa ha sido la mayor estrategia del régimen desde hace más de 60 años.

TANIA DÍAZ CASTRO

11J en Cuba: muy tarde para dar marcha atrás

¿Cómo creer en el llamado de Díaz-Canel a la paz y la concordia, a decir no al odio y la violencia, si 72 horas antes, al dar la orden de combate a los comunistas, incitó a la guerra civil y la degollina entre compatriotas?

LA HABANA, Cuba. – Este 13 de julio, el gobernante cubano Miguel Díaz-Canel volvió al espacio televisivo Mesa Redonda para hacer control de daños, luego de haber intentado sofocar las protestas contra su régimen echándole alcohol de reverbero a las llamas.

El sucesor de Raúl Castro quiso mostrarse atemperado y un poco más conciliatorio, llamando a la concordia y la armonía entre cubanos, pero no lo consiguió. Su discursar, en el que no pudo evitar que asomaran los epítetos despectivos, la soberbia y la guapería, sonó hueco, poco convincente, hipócrita.

El de ayer, así con soberbia y todo (es la naturaleza de los mandamases castristas), debió ser el discurso del domingo 11. Ahora, cuando corrió la sangre y todos vimos el rostro más feo de la represión, es tardío e insuficiente. Hay errores que no tienen rectificación posible.

¿Cómo creer en el llamado de Díaz-Canel a la paz y la concordia, a decir no al odio y la violencia, si 72 horas antes, al dar la orden de combate a los comunistas, incitó a la guerra civil y la degollina entre compatriotas?

Que avisen los mandamases si ya están dispuestos a un diálogo franco y civilizado con la sociedad civil independiente y los grupos de la oposición pro-democracia.

¿Cómo creer en el llamado de Díaz-Canel a la fraternidad si sigue insistiendo en llamar mercenarios y delincuentes a los manifestantes que no eran “confundidos”, según él, no tanto por el hambre y los abusos, sino por “las campañas mediáticas del enemigo imperialista en las redes sociales”?

Para que no haya dudas de lo que

les espera a los arrestados durante las protestas, inmediatamente después de la alocución de Díaz-Canel, en el NTV y el programa Hacemos Cuba, que conduce el inefable Humberto López, advirtieron que habrá severas sanciones legales contra los acusados de cometer actos delictivos y de vandalismo. Los mismos actos que el castrismo celebra y justifica cuando ocurren, de modo mucho más vandálico, en Estados Unidos, Colombia o Chile.

Antes de que hablara Díaz-Canel, el primer ministro Manuel Marrero anunció el levantamiento temporal de las restricciones aduaneras a la importación por las personas que viajen a Cuba de medicinas, alimentos y artículos de aseo. Un anuncio que, como el llamado a la concordia de Díaz-Canel, debió hacerse antes de que la desesperación lanzara a las calles a protestar a millares de cubanos.

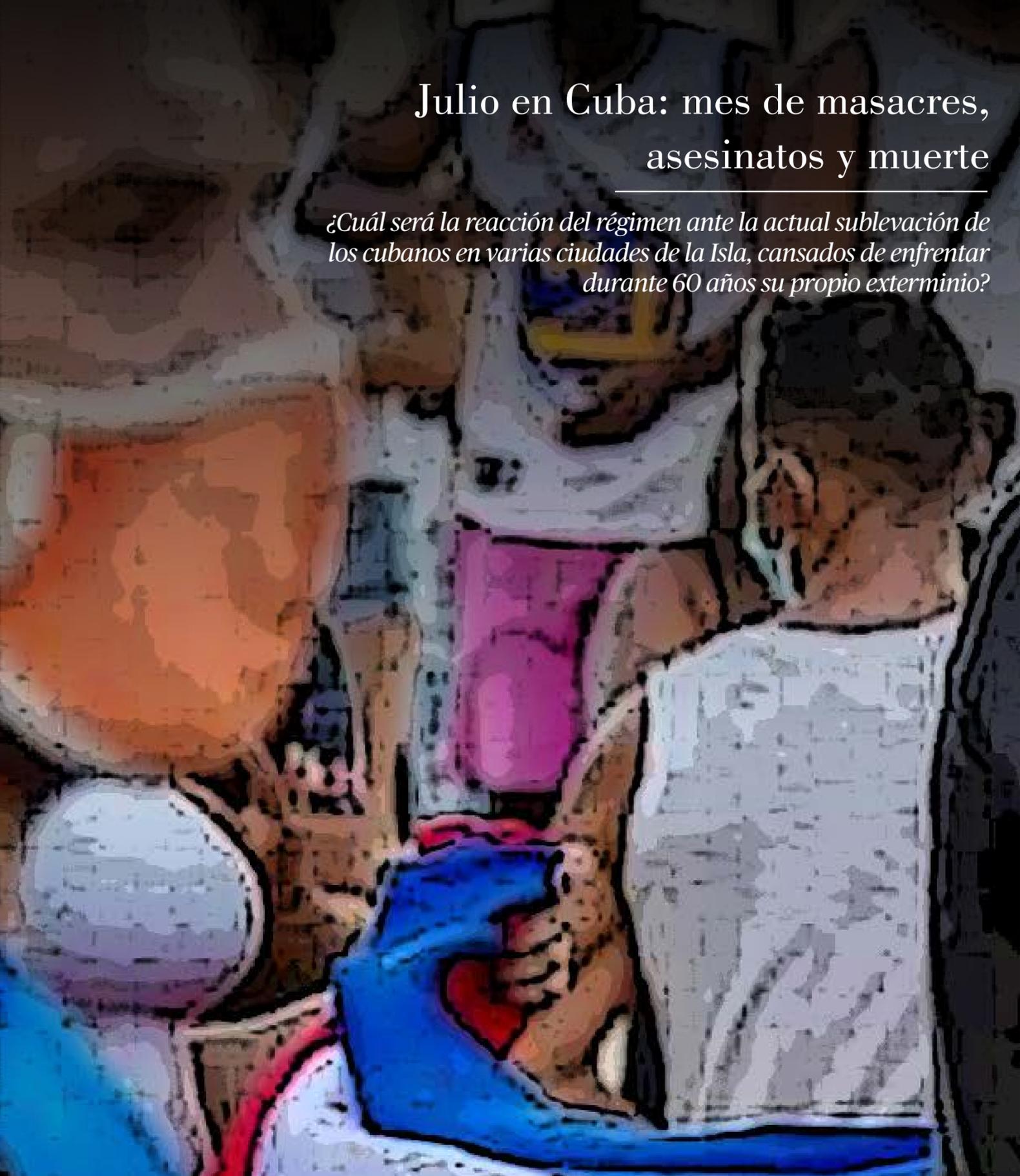
A tiros y a palos, el régimen logrará sobrevivir a este primer round con el pueblo. Pero si siguen con su cantalata del bloqueo, si no toman medidas de calado para mejorar la muy precaria vida de los cubanos y no se deciden a hacer reformas democráticas, no pasará mucho tiempo sin que vengan otros rounds, probablemente más fuertes y organizados. Porque lo del 11 de julio, por mucho que los castristas digan lo contrario, fue espontáneo y nadie lo coordinó.

Los mandamases no deben olvidar que el pueblo ha dicho alto y claro en las calles que quiere libertad, y no se va a conformar con que le organicen las colas y le repartan un poco más de comida por la libreta de abastecimiento.

LUIS CINO

Julio en Cuba: mes de masacres, asesinatos y muerte

¿Cuál será la reacción del régimen ante la actual sublevación de los cubanos en varias ciudades de la Isla, cansados de enfrentar durante 60 años su propio exterminio?



MIAMI, Estados Unidos.- La memoria histórica hay que mantenerla viva. Todo pueblo tiene su historia, algunas son más grandiosas que otras, más sangrientas que otras, o más desgraciadas que otras. El pueblo judío, por ejemplo, ha enfrentado exterminios desde los tiempos antes de Cristo, el más reciente sucedido en la Alemania nazi y que conocemos como “el Holocausto”, que cobró más de seis millones de vidas.

Exterminio sufrieron los armenios entre 1915 y 1923 -cobrando unos 2 millones de víctimas- a manos del gobierno de los Jóvenes Turcos del Imperio Otomano, pero su historia la han contado y la conservan sus sobrevivientes. Para los armenios, también está prohibido olvidar.

Exterminios, también, en la China comunista de Mao, donde se sucedieron la Larga Marcha (1933-34), el Gran Salto Adelante (1958-1962) y la Revolución Cultural (1965-1976), casi cuatro décadas en que se calcula perecieron entre 78 y 100 millones de chinos; en Ucrania, bajo la Rusia de Stalin, donde murieron de hambre -fríamente calculada- 3.5 millones de ucranianos entre 1932 y 1933, en lo que la historia conoce como el Holodomor. Genocidio, también, en Ruanda, acción de la etnia Hutu contra la Tutsi durante lo que se conoce como los “100 Días de Horror” en 1994, que cobraría unas 800 000 víctimas.

Una masacre no tiene que ser de millones o de cientos de miles de seres. Puede ser de varios centenares o de varias docenas de seres humanos. En la historia de Cuba tenemos al menos tres masacres, o cuatro, si contamos la sucedida, según las crónicas, en marzo de 1514 en la bahía de Guanima, cuando taínos atacaron a un grupo de colonizadores españoles, que morirían ahogados. Esa es la época en que Guanima comienza a conocerse como la bahía de Matanzas.

Y aunque tampoco sucedió en el mes de julio, es obligatorio mencionar la de 1912, conocida como la “Masacre de los Independientes de Color”, en la que unos 5 000 cubanos afrodescendientes fueron masacrados por las tropas del Ejército Nacional de la República, cuyo

liderazgo lo ejerció el coronel José Francisco Martí y Zayas Bazán, designado como Jefe del Estado Mayor en el Oriente de Cuba (su padre, el Apóstol de la patria, jamás ha descansado en paz en su tumba).

El 6 de julio de 1980 sucedió en Matanzas la masacre conocida como la “Masacre del Río Canimar”. Unas cien personas -hombres, mujeres y niños- iban a bordo del barco turístico “XX Aniversario”, secuestrado por tres jóvenes reclutas del Servicio Militar Obligatorio y cuyo hundimiento por órdenes del régimen causó la muerte de unos 60 cubanos. Según los informes, se rescataron solo 11 cadáveres.

Hoy, 13 de julio, recordamos el hundimiento del remolcador “13 de marzo” en 1994. En la masacre del remolcador, que fuera embestido y atacado a siete millas de la Bahía de La Habana por cuatro embarcaciones del régimen equipadas con mangueras de agua a presión, murieron 41 de las 72 personas a bordo, incluyendo 12 menores de edad: Yausel Eugenio Pérez Tacoronte (11), Mayulis Méndez Tacoronte (17), Yaser Perodín Almanza (11), Helen Martínez Enríquez (6 meses), Juan Mario Gutiérrez García (10), Yisel Borges Álvarez (4), José Carlos Nicole Anaya (3), Ángel René Abreu Ruiz (3), Cindy Rodríguez Fernández (2), más tres no-identificados. Hay que añadir que el régimen se negó a rescatar los cadáveres. ¡Son tantos los muertos que yacen en el mar-entierio del Estrecho de la Florida!

Asesinatos oficiales y muertes mediante planificados atentados, como es el caso del “accidente” sufrido por el fundador del “Proyecto Varela” y del “Movimiento Cristiano Liberación”, Oswaldo Payá Sardiñas, junto a su colega del MCL, Harold Cepero, el día 22 de julio de 2012. Según Oswaldo Payá, hijo, los dos sobrevivientes del “accidente” declararon: “...que un camión los golpeó, los chocó, los embistió varias veces hasta sacarlos de la cuneta, de la carretera...”. Este año se cumplen 19 años de la embestida que sufriera su auto en una carretera de Bayamo.

Nuestra sangrienta pesadilla comenzó el mismo 26 de julio de 1953 con el

asalto al cuartel “Moncada” en Santiago de Cuba, y simultáneamente al cuartel “Carlos Manuel de Céspedes”, en Manzanillo. Hubo 15 soldados y tres policías muertos en el Moncada; nueve de los asaltantes, miembros del Movimiento 26 de julio, también murieron en el enfrentamiento. En el cuartel de Manzanillo, 13 de los 27 asaltantes cayeron. El clamor revolucionario sería: “¡Jóvenes del Centenario del Apóstol! Como en el 68 y en el 95, aquí en Oriente damos el primer grito de ¡Libertado o muerte!”. (No hay duda: Martí, el que predicó aquello de “con todos y para el bien de todos”, no ha tenido descanso, tanta sangre se ha derramado en su nombre.)

También hoy, 13 de julio, se conmemoran los asesinatos en 1989, ante el paredón de fusilamiento, luego de un juicio militar carente de debido proceso, del coronel Antonio de la Guardia Font, el mayor Amado Padrón Trujillo, el capitán Jorge Martínez Valdés, y el general más condecorado de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, Héroe de la República de Cuba, de las guerras del Ogadén y de Angola, Arnaldo Ochoa Sánchez. Algunos expertos han calificado de “asesinato judicial” este crimen perpetrado por el propio Fidel Castro. No por haber sido fieles colaboradores del “comandante en jefe” se debe olvidar que la aplicación de la pena capital contra estos cuatro cubanos fue inhumana e ilegal.

Masacres, asesinatos, genocidio. ¿Exterminio premeditado? Es traumático imaginar que la humanidad cuente con seres humanos tan malignos y sanguinarios. Pero sí, existen: los que gestaron el Holocausto judío, la hambruna ucraniana, los exterminios chino y armenio, la limpieza étnica tutsi. ¿Y qué decir de la crisis y hambruna que enfrenta Cuba? ¿Cuál será la reacción del régimen ante la actual sublevación de los cubanos en varias ciudades de la Isla, cansados de enfrentar durante 60 años su propio exterminio?

¡Qué Dios se apiade de nosotros!

ILEANA FUENTES

¿Por qué Washington fue “tomado” por cubanos este fin de semana?: Historia de una caravana

Miles de cubanos residentes en Estados Unidos saben que el 11 de julio empezó a caerse sin marcha atrás el régimen totalitario que a tantos ha negado un lugar al que regresar.



MIAMI, Estados Unidos. - A las 9:00 de la mañana del viernes 16 de julio, al saber que una caravana de guaguas saldría desde Miami con destino a Washington D.C. para apoyar desde la capital estadounidense a los cubanos que salieron a las calles de la Isla el domingo 11 de julio, eché lo básico en una mochila, hice un par de llamadas para asegurar un asiento y me dirigí al lugar de la convocatoria. Mi amiga llegaría después, con un cigarro en la mano, tras haber dejado a su gato Guaso con comida, y a alguien con la llave del apartamento para que le dieran una vuelta a la mascota mientras ella no estaba.

Cuando me fui tenía un poco la soga al cuello: era un viaje urgente en un contexto urgente que requería movimientos y decisiones urgentes. Yo, una cubana alien number sin residencia en este país, tenía cita para tomar mis huellas dactilares el martes 20, después de haberla esperado cuatro meses. Si me iba el viernes, había alguna posibilidad de que no pudiera regresar a tiempo. Y esas citas no son fácilmente renovables. También estaba el peligro de que me detuvieran por algún motivo –íbamos a una protesta, no a un resort de vacaciones– y me hallaran sin papeles. Un riesgo adicional era la COVID-19. Di una pataleta, me puse un nasobuco y me encomendé al universo. Me unté cascarilla en los pies y salí andando. El periodismo está primero, me dije.

Para las 3:00 de la tarde, siete buses largos con capacidad para unas 70 personas cada uno, estaban llenos en la 1550 NW 37th Ave de Miami, a la espera de la orden de salida. Abordamos el último bus. Era mi primera vez en una actividad de estas dimensiones en Estados Unidos. Y luego comprobaría que yo no era la única en esa situación. Si bien en el lugar de salida había algunos rostros conocidos de la oposición política cubana, muchos de quienes se sumaron a la caravana eran como mi amiga y yo, emigradas recientes, con poco más de un año en la nación nortea, pero cada vez más conscientes de que nuestras familias y amigos se hallan vulnerables en la Isla, sobre todo en la última semana que la población salió a las calles de casi todas las provincias del país a pedir sus derechos.

Los mismos derechos que desde hace décadas reclama Jorge Luis García Antúnez, uno de los exponentes más notorios del presidio político en Cuba. Antúnez sube a una de las guaguas en las que viajan otros exprisioneros políticos, integrantes del movimiento Damas de Blanco y miembros de la Unión Patriótica de Cuba (UNPACU), organización que lidera desde Santiago de Cuba José Daniel Ferrer.

Luis Enrique Ferrer, hermano de José Daniel y también líder de la organización opositora, me explica el origen de la idea de la caravana. “A raíz de todos los crímenes de la dictadura contra nuestro pueblo decidimos que algo había que hacer. Y hace dos días empezamos a organizarlo. Hacían falta recursos para pagar los buses (...). Nos pusimos en función de todo eso, casi sin dormir, y logramos siete buses, gastamos casi 40 000 dólares para estar hoy aquí. Trajimos como a 400 personas”.

La sobrina de Luis Enrique e hija de José Daniel, me dice, por su parte, que está preocupada no solo por su padre sino también por “todos los cubanos que salieron a la calle a pedir la libertad de Cuba y que hoy están desaparecidos. Algunos muertos y otros que no sabemos donde están”.

“Exigimos a la dictadura que salga del poder”, concluyó la joven opositora.

La noche anterior a la salida de la caravana, yo solo había logrado dormir tres horas. Como cada una de las madrugadas posteriores al 11-7, la incertidumbre y las constantes notificaciones de que algo grande estaba pasando en Cuba, me mantenían alerta y pendiente al teléfono, viendo videos en los que se exponen nuevas consignas a la vez que quienes se hallan en el epicentro de los pronunciamientos reciben tonfazos y hasta tiros de la policía uniformada de negro.

En esos días de zozobra con los nervios desbordados, marcaba números de familiares y amigos, intentaba chequear noticias que llegaban de todas partes.

Ya el viernes había más calma, el Gobierno cubano estaba restableciendo gradualmente el servicio de internet después de haberlo cortado en los días de las protestas. Las noticias no eran nada halagüeñas. Un listado de personas desaparecidas

y detenidas, en construcción, seguía creciendo, hasta alcanzar ahora la cifra de más de 500 nombres, incluso adolescentes.

Iniciativas de periodistas independientes y otros ciudadanos comparten información organizada sobre protestas en el mapa de Cuba, en varias localidades desde Artemisa hasta Guantánamo.

En Miami, la llamada capital del exilio cubano, la gente estaba indignada. El propio domingo 11 de julio, la Calle 8 fue tomada por la comunidad cubanoamericana con pancartas y altoparlantes que denunciaban las imágenes de una respuesta represiva contra el pueblo, luego de que el gobernante cubano, Miguel Díaz-Canel, dijera: “las calles son para los revolucionarios” y “la orden de combate está dada”, con lo cual mandaba directamente a una parte del pueblo a enfrentar a quienes se manifestaban por hambre, libertades y falta de fe en un régimen que ya se extiende en el poder por 62 años.

Había sentimientos encontrados: la salida del pueblo a las calles para protestar masivamente, algo inédito en estas seis décadas, despertaba en el exilio emoción y esperanzas de que este finalmente “cayera”. También despertaba angustia por los que están sin armas y en manos del Gobierno cubano, un régimen que siempre se presenta como una especie de macho abusado por el “criminal bloqueo” de Estados Unidos, pero que abusa a su antojo de la población cubana.

Para el sentir del llamado exilio histórico, y de los emigrados recientes, la Calle 8 como escenario de solidaridad con los manifestantes de Cuba, no bastaba. La comunidad empezó a darse cita en el famoso restaurante Versailles y sus alrededores, mientras los influencers, músicos y políticos empezaron a proponer estrategias y acciones para hacer avanzar una agenda de ayuda o intervención humanitaria, en un contexto de crisis agravada por la pandemia y los más de 6 000 nuevos casos diarios de contagios que reportaba Cuba en el momento del estallido.

No cerré los ojos en casi todo el viaje que me sumergía en la autopista interestatal 95; por la pantalla me llegaba información de contexto. Una petición en



Change.org dirigida al presidente Joe Biden, al Congreso de Estados Unidos, a la Organización de Estados Americanos, a la Organización de Naciones Unidas, al Parlamento Europeo y a la OTAN, solicita intervención militar por razones humanitarias a la Isla. Acumulaba más de 424 000 firmas de las 500 000 que buscaba y era ya una de las peticiones más populares de la plataforma.

Con el llamado a la intervención, no todos están de acuerdo. Mientras Yessy World, los Pichy Boys, Alex Otaola y otros influencers la proponen, algunos cubanos y organizaciones mantienen sus reservas, apelando a la historia intervencionista regional e internacional y el costo humano y político que tendría.

El Consejo para la Transición Democrática en Cuba (CTDC), en el que participa Marthadela Tamayo, es una de las organizaciones no afines a la intervención. La organización encabeza una campaña llamada Es la hora de la Solidaridad con Cuba que busca la “inmediata liberación y la amnistía a todos los presos políticos y de conciencia”. Ellos esperan una solución “sin injerencia extranjera alguna”.

No obstante, los simpatizantes de la petición de intervención entienden que puede que no haya otra salida si el pueblo cubano sigue en las calles, sin armas, y cada intento de grito es sofocado por órganos represivos. Sobre todo en un entorno en que, desde la nación nortea, la respuesta política a las protestas y la violencia institucional y estatal avanzó de a poco: unos primeros tuits llamando a la conciliación nacional desde la cuenta de la Embajada de Estados Unidos en La Habana.

Luego, el miércoles, la secretaria de Prensa de la Casa Blanca, Jen Psaki, dijo: “No hay duda de que las protestas del fin de semana y los sucesos de los últimos días son un acontecimiento importante, significativo. Y ha sido la mayor protesta que hemos visto en Cuba en mucho tiempo. Obviamente, eso tendrá un impacto en la forma de proceder. Así que veremos cómo se desarrollan los acontecimientos en los próximos días y desarrollaremos nuestras respuestas políticas en consecuencia”.

Al día siguiente, el jueves 15 de julio, la agencia Reuters anunció cuatro medidas posibles que pondrían a la Administra-

ción Biden en el ojo de mira de políticos cercanos al tema cubano. Como parte del proceso de revisión de la política de Estados Unidos hacia Cuba que coordinan conjuntamente el Consejo de Seguridad Nacional de la Casa Blanca, los departamentos de Estado, Defensa y Seguridad Nacional y otras agencias federales, Reuters destaca cuatro importantes cambios: flexibilización de las restricciones a las remesas; flexibilización a la prohibición de viajes entre los Estados Unidos y Cuba; levantamiento de la designación de Cuba como “estado patrocinador del terrorismo”; y reactivación del Programa de Reunificación Familiar de Cuba.

Estas medidas divergen de la línea de mano dura (sanciones, límites a las remesas y nada de “oxígeno a la dictadura”) que buena parte del exilio espera de Washington.

El senador Rick Scott dijo el mismo día en una entrevista: “Joe Biden, aparece, haz algo. Habla de libertad, libertad, democracia, haz algo. No está haciendo nada (...). Si Joe Biden hiciera su trabajo, tenemos la mejor oportunidad en décadas ¿Dónde estás? Aparece”.

Aunque el discurso de la necesidad de intervención de Estados Unidos y organismos internacionales en el conflicto cubano se ha posicionado, el presidente de Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, Bob Menéndez, dijo que una intervención militar en Cuba no era una opción.

A pesar de estas marcadas diferencias en la oposición y la propia administración estadounidense, el Gobierno cubano está planteando que todo este movimiento es para forzar una intervención humanitaria que se convierta en invasión militar.

Biden, entretanto, no parecía planificar ninguna invasión. En Twitter se le pudo ver celebrando el día del helado entre risas y con un barquillo entre manos.

Entre los participantes de la caravana de buses que por más de 14 horas surcaron el país norteamericano, las ideas de solución del conflicto cubano varían. En varios de sus carteles lo que se lee claramente es un pedido de intervención, si bien cambian los términos: unos dicen “que sea humanitaria”, otros exigen que sea “militar”. Apelan a que es un genocidio lo que está sucediendo en Cuba en es-

tos días: uniformados reprimiendo a civiles desarmados y un gobierno negándoles el derecho a manifestarse pacíficamente.

Detrás de mí, va Olga Orihuela, una señora que nació en 1958 y emigró a los 20 años. Ahora tiene 62, una pierna que le falla y que va encogida por horas en el bus. Se ha atrevido a dar este viaje de 14 horas para “visibilizar lo que pasa en Cuba en estos días de protestas” y que “organismos internacionales miren hacia allá”. Se maquilla, los labios de rojo, antes de bajar del bus donde, además, me encuentro con una muchacha que estudió conmigo en la escuela primaria “Edison” y en la secundaria “Varona”, en La Víbora, un barrio de La Habana.

—¿Tú no eres del Varona? —le pregunto mientras hacemos fila para entrar a un baño en Georgia.

—Sí, ¿tú eres Betsy o Darcy? Desde que te vi me acordé —me contestó y conviniémos en que nuestras caras no han cambiado mucho. Le aclaro que yo soy Darcy y que Betsy, otra muchacha de la escuela, está en Miami también. Margue, en el bus, iba casi al lado mío (en los asientos al otro lado del pasillo). “Es la primera vez que me uno a una caravana así”, me dijo. Margue, esta joven cubana, tiene a sus padres y hermanos en Cuba y considera que “no podía estar ajena”. “Me enteré por redes sociales y vine con mi novio”, me contó.

Luego de atravesar los estados de Florida, Georgia, las Carolinas y Virginia, la caravana hace una parada a dos horas de Washington D.C. para que nos cambiemos de ropa, orinemos y comamos algo. Hay en la caravana varios jóvenes de una primera generación nacida fuera de la Isla o que emigraron a Miami a edades tempranas. Aprovecho para conversar con ellos, que se unen porque les duele Cuba. Jessica Espinosa, de Camagüey, dice: “estoy aquí para representar a mi país, en todo lo que está sufriendo, queremos apoyar a Cuba de la manera que podamos”. Mi amiga y yo nos pintamos nombres en la cara; a ella, con los muslos descubiertos, le alcanza cuerpo para mostrar otros nombres de mujeres violentadas durante o después de las protestas en Cuba.

Ya en Washington D.C. una muchacha levantará un cartel en el que se lee: “Cuban children are missing”. Mi amiga no lo sabe aún, pero al ver ese cartel, en ese

contexto, va a pensar en sus amigos en la Isla y va a llorar. Alguien habrá de abrazarla.

“Nosotros los exiliados en estos momentos (tenemos que) principalmente presionar, presionar a como dé lugar. Porque es de la única manera que podemos salvarle la vida a todos esos hermanos luchando dentro de Cuba... Presionar a los gobiernos a que se pronuncien, presionar al Vaticano, a todas las organizaciones internacionales, la ONU, la OEA, La Haya, que creo que sobran crímenes de lesa humanidad a estas alturas para condenar a esos tiranos”, dijo el manifestante Sergio Manuel Rodríguez Lorenzo.

Como en un viaje interprovincial en Cuba, las personas se ayudan entre sí, hay un muchacho que ha pasado ofreciendo agua y chocolates; un señor nos pregunta si queremos caramelos. Y se teje entre los caravaneros una relación de familiaridad. La muchacha que estudió conmigo reparte entre nosotras tres (mi amiga, ella y yo) un bocadito de helado. Y nos compartimos los cargadores para que nadie se quede sin batería. Todos tratan de permanecer informados, a veces preguntan por determinadas noticias y tratamos de chequearlo para que no se dispersen informaciones falsas.

El sábado, a las 2:00 de la tarde llegamos a la esquina de la embajada de Cuba en Washington D.C. Allí se unieron cubanos que desde otras ciudades y estados habían llegado también para manifestarse. Mientras la embajada proyectaba un repertorio de canciones de la banda sonora de la Revolución, los manifestantes respondieron con consignas como “Díaz-Canel asesino”. Cuando sonaba la canción de Carlos Puebla que dice que “llegó el Comandante y mandó a parar”, los emigrados cubanos responden que (el Comandante) “está muerto”.

A pesar de hostilidades históricas, se vio un entorno respetuoso y participativo, donde cada persona defendió sus criterios con voz propia y carteles. Había allí, además, latinoamericanos de naciones como México y Nicaragua. Tres horas después, a las 5:00 de la tarde, los cubanos de la caravana y otros cientos se trasladaron hacia las afueras de la Casa Blanca, donde las banderas cubanas daban la bienvenida a personas de todas las edades y afiliacio-



nes políticas.

“Su lucha es nuestra lucha... Tenemos tres dictaduras que están haciendo daño en Latinoamérica: Cuba, Nicaragua y Venezuela”, dijo Gerardo López, de Nicaragua, y mencionó que estaba allí también por sus coterráneos muertos en las protestas de 2018 en su país.

En un momento de la manifestación, los presentes comenzaron a cantar el himno nacional cubano, con las banderas de la Isla ondeando frente a la Casa Blanca. Se presentaron en el lugar conocidos artistas de música urbana como El Micha, la Señorita Dayana, entre otros. En tanto, influencers como los humoristas Pichy Boys, quienes convocaron a Washington a sus miles de seguidores, dijeron:

“Nos sentimos orgullosos de todos los cubanos (...) presentes, y eso es lo que importa. Aquí no somos artistas, somos dos cubanos más que usamos nuestra voz a favor de la libertad de nuestro país. Creo que el gran mérito lo tienen todos estos cubanos que han venido de tantas partes del país a alzar una sola voz que sea más fuerte. Ellos son los que verdaderamente tienen el crédito”.

Esas palabras de Maikel Rodríguez se complementan con las del otro integrante del dúo humorístico, Alejandro González, quien aseguró que “han venido cubanos de todas partes de EE. UU., no solamente de Miami, han venido de Tennessee, New Jersey, Texas, Kentucky, de todas partes para pedir una intervención para que ayuden a nuestro país. Los cubanos que estamos aquí hoy hemos mostrado un patriotismo extraordinario. Muchos han venido manejando desde Miami, otros han perdido días de trabajo. Emociona mucho ver lo unido que estamos en estos momentos”.

En una transmisión en directo el domingo, los Pichy Boys contaron que en estos momentos están donde deben estar y hacer chistes no les sale.

A una semana de iniciadas las protestas masivas en Cuba, que dejan heridos, cientos de personas reportadas como desaparecidas o detenidas, la madrugada de este domingo acamparon frente a la Casa Blanca algunos jóvenes cubanos que gestionaron la organización y custodia de provisiones destinadas a los mani-

festantes. Los encuentro por azar, había ido de nuevo para tomarme la foto que por el día olvide hacerme. A las 3:00 de la madrugada, entre cigarrillos, conversamos.

“Ver a todas las personas que están saliendo con hambre, sin comida, sin corriente, sin internet (a reclamar sus derechos) me removió y esto es lo mínimo que podemos hacer”, me dijo el cubano Alejandro Hernández, con un cartel colorido de fondo en el que se lee “SOS Cuba”. Explica que tuvo que dejar horas de trabajo, perderse el cumpleaños de su hijo y se refirió a las desavenencias con su esposa ante la decisión de irse a la capital del país y ponerse a disposición de los manifestantes.

Dicen los integrantes del grupo que, según los custodios, no ha habido una manifestación similar de cubanos en este espacio.

Los Pichy Boys creen que no importa tanto “lo que haya pasado anteriormente”, que ellos se centran en la respuesta que ha recibido esta caravana que, impulsada desde redes sociales, logró una movilización comunitaria hacia D.C. La analista cubana Mónica Fernández, ex-trabajadora de la embajada de Estados Unidos en Cuba, consideró que “las protestas iniciadas el 11 de julio están forzando a que Biden tome una postura. Y esta ha sido, hasta el momento, la de tomar distancia. ¿Su ventaja? El Gobierno cubano no contaba con ello, y se ha visto forzado a defender ante la comunidad internacional un discurso poco creíble donde es el bloqueo y no su mala gestión, el detonante de las protestas. Especialmente, mientras emergen videos mostrando violentas represiones de las fuerzas policiales a ciudadanos desarmados. ¿La desventaja? Los republicanos están impacientes y ven la postura de Biden como un signo de debilidad. Es una jugada arriesgada: si el conflicto desemboca en una crisis migratoria, ello será uno de los legados de su administración y un lastre para los demócratas”.

Fernández ya había pronosticado este 15 de julio que “lo más probable es que Estados Unidos se mantenga observando” y haga públicos los resultados de la revisión de su política hacia Cuba solo cuando esté más estable la Isla.

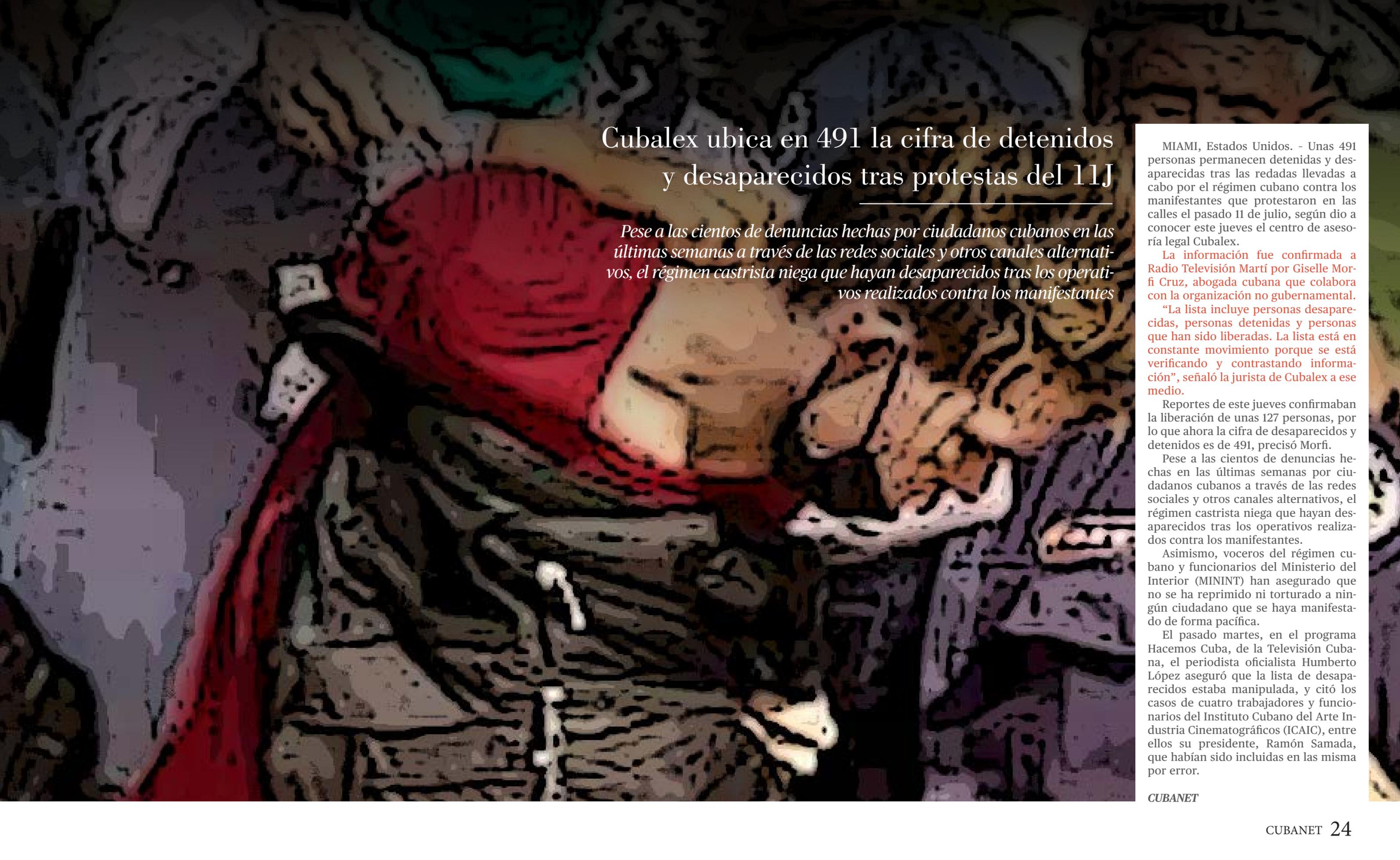
“Sin embargo, incluso si las protestas son completamente acalladas por el Gobierno cubano, lograron algo muy importante. Como dijo un analista citado por POLÍTICO: ‘La Casa Blanca por fin está prestando atención’”, valoró Fernández.

Dos días después, con cientos de cubanos a las afueras de la Casa Blanca, ejerciendo su libertad de expresión durante el fin de semana, este asunto está a la vista de Biden. Pero de momento el balón sigue estando en cancha cubana.

Para el lunes próximo, cuando el Gobierno cubano espera celebrar la Rebelión Nacional, está convocada otra caravana de cubanos a Washington. “Si Cuba está en la calle, nosotros también”, dicen los que no esperaron un minuto más y el fin de semana se presentaron en la capital bajo una misma bandera que llamaba la atención de los transeúntes y hasta de los choferes de Uber. Ondeó en brazos de emigrados de diferentes generaciones y oleadas que buscan una salida al conflicto de la Isla cuyo gobierno reporta solo una persona fallecida durante las protestas. Su nombre, Diubis Laurencio, de mi barrio, La Güinera, se borró de mi rostro en medio de la manifestación pacífica, pero quedó escrito en el mural SOS Cuba. Sea cual sea la salida a este conflicto al que recientemente se refirió el Papa Francisco –pidiendo que los cubanos nos encomendemos a la Virgen de la Caridad del Cobre, que nos acompañará en este camino–, algo ha quedado claro: un sector considerable de la sociedad cubana ha devuelto al Gobierno la frase con la que antes expulsaba a los “gusanos apátridas”: “No los queremos, no los necesitamos”; “que se vayan”.

Lo pienso de regreso a casa, mi otra casa, la de acogida, mientras avanzo en un camión de carga por la Interestatal 95. De vuelta a esta otra casa que no es ni será nunca mi casa en La Güinera, pienso en los regresos, una película que no se pausa en mi cabeza atormentada cuyo calendario marca 11 de julio. La fecha en que se rompió el círculo de “perfección” de un gobierno autoritario que a tantos ha negado eso: un lugar al que regresar.

DARCY BORRERO BATISTA



Cubalex ubica en 491 la cifra de detenidos y desaparecidos tras protestas del 11J

Pese a las cientos de denuncias hechas por ciudadanos cubanos en las últimas semanas a través de las redes sociales y otros canales alternativos, el régimen castrista niega que hayan desaparecidos tras los operativos realizados contra los manifestantes

MIAMI, Estados Unidos. - Unas 491 personas permanecen detenidas y desaparecidas tras las redadas llevadas a cabo por el régimen cubano contra los manifestantes que protestaron en las calles el pasado 11 de julio, según dio a conocer este jueves el centro de asesoría legal Cubalex.

La información fue confirmada a Radio Televisión Martí por Giselle Morfi Cruz, abogada cubana que colabora con la organización no gubernamental.

“La lista incluye personas desaparecidas, personas detenidas y personas que han sido liberadas. La lista está en constante movimiento porque se está verificando y contrastando información”, señaló la jurista de Cubalex a ese medio.

Reportes de este jueves confirmaban la liberación de unas 127 personas, por lo que ahora la cifra de desaparecidos y detenidos es de 491, precisó Morfi.

Pese a las cientos de denuncias hechas en las últimas semanas por ciudadanos cubanos a través de las redes sociales y otros canales alternativos, el régimen castrista niega que hayan desaparecidos tras los operativos realizados contra los manifestantes.

Asimismo, voceros del régimen cubano y funcionarios del Ministerio del Interior (MININT) han asegurado que no se ha reprimido ni torturado a ningún ciudadano que se haya manifestado de forma pacífica.

El pasado martes, en el programa Hacemos Cuba, de la Televisión Cubana, el periodista oficialista Humberto López aseguró que la lista de desaparecidos estaba manipulada, y citó los casos de cuatro trabajadores y funcionarios del Instituto Cubano del Arte Industria Cinematográficos (ICAIC), entre ellos su presidente, Ramón Samada, que habían sido incluidas en la misma por error.

CUBANET

ENCUÉNTRANOS ADEMÁS EN



ESCRÍBENOS A

cntredaccion@gmail.com

Para acceder a la página de Cubanet desde Cuba,
descarga PSIPHON, gratis y sin límites de ancho de banda

También puedes evadir la censura y acceder a nuestra página
directamente a través de un sitio espejo colocando la siguiente
dirección en la barra de tu navegador:

<https://s3.eu-central-1.amazonaws.com/qurium/cubanet.org/index.html>

Descarga la aplicación móvil de Cubanet tanto
para Android como para iOS

Recibe la información de Cubanet en tu teléfono a través
de Telegram o WhatsApp. Envíanos un mensaje con la palabra
“CUBA” al teléfono +1 (786) 316-2072